

7477 N.º 60 1/16 en 262

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LO TUYO MIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



2075

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N.º 9.
1901.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por senas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Radicca, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empene un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo a cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¿Está local!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinaque.
¿Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El enceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¿Es un angel?
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¿En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El paraso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Errór parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.
Indicios vehementes.
Isabel de Medici.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchón.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidroloía.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creación y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria)
La calle de la Montería.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda centenaria.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...
La agenda de Correlargo.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mí de mí.
Mi oso y mi sobrina.
Martín Zurbano.

LO TUYO MIO.

PRIMER LIBRO DE LA BIBLIA.

LIBRO DE

GENESIS.

PRIMER LIBRO DE LA BIBLIA.

LO TUYO MIO.

8

LIBRO

PRIMER LIBRO DE LA BIBLIA.

TO THE

LO TUYO MIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el día 21
de Diciembre de 1861.

55/60



MADRID:

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1861.

LO TUYO MIO

LIBRO DE TRES ACTOS Y EN TRES

ACTOS

ENRIQUE PIERRE ESCHICH

Representado por primera vez en el teatro del Principe el día 21
de Noviembre de 1881.

MADRID

LIBRERIA DE JOSE RODRIGUEZ VACON

1881

SRA. DOÑA JOSEFA ANGEL DE CASTRO.

La comedia que tengo el honor de dedicar á V. no es mas que un episodio de la vida doméstica, llevado á la escena. V., señora, que es tan buena y virtuosa; V., que se desvela con tierno y solícito afán por todo lo que concierne á su esposo; V., que por un exceso de amor á los desgraciados, ha recogido con maternal cariño á dos pobres niñas, siendo para ellas una providencia que las cobija junto á su seno con cariñoso afán; V., en fin, que es el ángel de su hogar, no podrá menos de admitir con benevolencia esta obra que le dedica su admirador y amigo

Q. B. S. P.

Escrich.

Madrid 19 de Diciembre de 1861.

SRA. DOÑA JOSEFA ANGEL DE CASTRO:

Las cosas que tengo el honor de dedicar a V. no es mas que un apogeo de la vida doméstica, llevado a la escena. V. señora, que es tan pura y virtuosa; V. que es digna de ser llamada y solicitada para serlo; lo que consiste en su honestidad, que por su exceso de amor a los deberes, se resquebraja con materialismo a los pobres niños, sacando para ellos una provechosa que las cosas íntimas en una con ciertos afectos; V. en fin, que es el ángel de su hogar, no por los meros de alabanza con pensamientos de la que le dedico su admiración y amor.

U. B. S. P.

Gracias

DISTRIBUCION DE LA COMEDIA

PERSONAS

PERSONAS

DOÑA MERCEDES	DOÑA TERESA CARRANZA
AGAPITA	DOÑA EMMA ROLDAN
D. SERRAFIN	D. PABLO LARCA
D. MIGUEL	D. JUAN LARCA
ROMUALDO	D. JOSE ALONSO

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DISTRIBUCION DE LA COMEDIA.

PERSONAS.

ACTORES.

DOÑA MERCEDES.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
AGAPITA.....	DOÑA ELISA BOLDUM.
D. SERAFIN.....	D. PEDRO DELGADO.
D. MIGUEL.....	D. JUAN CASAÑER.
ROMUALDO.....	D. JOSÉ AMISED.

La fábula se finge, el primero y el último acto en
Madrid, el segundo en una casa de campo.
Época actual.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado; puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. MIGUEL escribiendo junto á una mesa, DOÑA MERCEDES entrando por el foro con un canastillo de paja en la mano, el cual contiene una bata y unas chinelas.

- MERC. (Desde el foro.)
¡Eh! señor jurisconsulto:
¿dá usted á su mujer audiencia?
- MIGUEL. Señora doña Mercedes:
pase usted y no se detenga,
y diga sin circunloquios
todo lo que se le ofrezca.
- MERC. Traigo varias comisiones...
- MIGUEL. Hable usted; soy todo orejas.
- MERC. Pues cierre ese cartapacio,
deje ese sillón y venga.
- MIGUEL. Cierro... me levanto y voy. (Lo hace.)
- MERC. Principio por las chinelas
que para usted ha bordado (Enseñándoselas.)
su querida primogénita.
- MIGUEL. Pues déle usted á doña Emilia
(Las deja sobre la consola.)
mil gracias por su fineza.

- MERC. Continúo por la bata.
- MIGUEL. ¡Á ver!... ¡Qué bonita tela!...
- MERC. ¿Te gusta?
- MIGUEL. La probaremos...
(Haciendo ademán de ponérsela.)
- MERC. Señor don Miguel... paciencia...
(Dejándola sobre una silla con mucho cuidado.)
pues no es justo que la estrene
sin que antes pague la cuenta.
- MIGUEL. Yo le daré á la modista
un... (Queriendo abrazarla.)
- MERC. (Rechazándole con dulzura.)
Don Miguel... manos quietas...
- MIGUEL. ¿Pues entonces, cómo pago?...
- MERC. ¡Cómo!... De este modo: lea.
(Mercedes le entrega una carta.)
- MIGUEL. (Leyendo.)
«Señorita y señorito...
»Me alegraré que esta esquila,
»que escribo por mano de...
»mi amigo Anton el albéitar,
»les halle á entrambos á dos
»con la salud mas completa.
»La mia buena, á Dios gracias,
»y sabrán, porque lo sepan,
»que una lluvia muy moral...
»ha salvado la cosecha;
»que los guisantes ya raman
»como en agosto las cepas;
»tambien las plantas despóticas y
»estan que dá gusto el verlas;
»y en cuanto á las alcachofas,
»las lechugas y las fresas,
»hay tantas, que á dos carrillos
»no podrán ustés comerlas:
»conque salud y mandar...
»aquello que se le ofrezca,
»y avisenme su llegada
»pa tenerlo todo en regla;
»suyo siempre para todo;
»Romualdo Soto y Utrera.
»Posdata.» (Representado.) Sin la posdata,

la carta no era completa.

(Leyendo.)

«Dígale usted al señorito

»que me compre, cuando venga,

»una petaca de cuero

»y una navaja gallega;

»pero que no gaste mucho,

»porque á lo mas ambas prendas

»en la calle de Toledo

»costarán una peseta.»

(Representado.)

¡Económico hortelano!...

tú tendrás lo que desees.

MERC. ¿Cuándo iremos á llevarle

á Romualdo esas frioleras?

MIGUEL. Mas adelante...

MERC. Es tan bello

el campo en la primavera...

Debe estar el cenador

cubierto de madre-selvas...

¡qué bien se pasa allí el rato

en las veladas!... ¿Te acuerdas?...

MIGUEL. ¡Picarilla!...

MERC. Muchas veces

te inspiras de una manera...

que... hasta tienes pensamientos

verdaderos de poeta.

MIGUEL. Y sobre todo en las noches

que de la luna penetra

el melancólico rayo

entre la apretada yedra...

MERC. (Como interrumpiéndole y apoyando un brazo sobre
el hombro de su marido.)

Cuando sentada á tus pies

blandamente mi cabeza

pongo sobre tus rodillas...

y tú...

MIGUEL. (Después de mirar á su mujer.)

¡Vuelvo!...

(Se deja á cargo del actor.)

MERC. Qué, ¿me dejas?...

(Acercándose adonde está su marido.)

MIGUEL. Tengo que hacer el extracto de un expediente; dispensa...

MERC. ¡Trabajas mucho, Miguel!...
¡Y estás malo!...

MIGUEL. ¡Te lo piensas!...

MERC. Por la noche toses mucho...
y á lo mejor te despiertas...

MIGUEL. Pero eso...

MERC. Tú tienes hijos
y no quiero que te mueras...

MIGUEL. Ni yo tampoco...

MERC. Y teniendo
una casita tan bella
como tenemos nosotros...
¿quién con placer no se aleja
del estruendo de la corte,
que nuestra salud enerva,
y corre á aspirar las brisas
que mayo en sus alas lleva?
Si te decides, el lunes
nos vamos...

MIGUEL. Mas considera
que el gobierno no me paga
para que yo me divierta...
y que siendo mi salud
excesivamente buena,
vamos... pedir el permiso,
la verdad, me dá vergüenza.

MERC. Le cogí á usted, don Miguel:
por dos meses la licencia
le concede á usted el ministro.
(Le entrega un pliego.)

MIGUEL. (Después de leer el pliego.)
(¡Qué mujer, en todo piensa!...)

MERC. Será preciso esta noche
ir á ver á su excelencia
y darle las gracias...

MIGUEL. Claro.
¿Sabes que es una prebenda
tener un tío ministro?

MERC. Me quiere como si fuera
su hija... como en su casa

me crié desde pequeña...

¿Conque nos vamos el lunes?...

MIGUEL. En fin, mujer, si te empeñas...

MERC. Yo no... lo que tú decidas.

MIGUEL. Yo no, no... lo que tú quieras.

Hay que hacer preparativos...

hay que arreglar mi escopeta,

y la caña de pescar,

y en dos días que nos quedan...

(Mercedes tira del cordón de la campanilla y sale un criado, al cual le habla al oído.)

¿Qué es eso?... (Vase el criado.)

MERC.

Escucha, Miguel,

mientras lo que espero llega.

El buen marido... el buen padre,

como eres tú, se desvela

porque sus pobres hijitos

y su mujer no carezcan

de todo lo necesario.

Él con noble afán aumenta

trabajando la fortuna,

que valla ante la miseria,

ha de recoger mañana

la familia que le cerca.

El hombre que así se porta,

si es su esposa honrada y buena,

el menor de sus deseos

con una mirada acierta...

y antes que asome á sus labios

la frase ligada en letras,

corre amorosa en su busca

y amante se la presenta.

Si tú trabajas... Si, yo

leo en tus ojos que anhelas

aspirar las puras brisas

que esparce la primavera...

Si á ti la vida del campo

te remoja y te deleita,

si yo sé que te abochornas

de pedir una licencia,

porque pidiéndola crees

que defraudas á la Hacienda,

¿qué debo hacer, Miguel mio,
mas que ahorrarte esa molestia,
y preparando las cosas
que mas placer darte puedan
decirte... todo está á punto;
ya solamente se espera
que don Miguel de Espinosa,
mi esposo por mar y tierra,
señale el día y la hora
que le plazca y le convenga
mandar á casa de Lázaro
por un coche de colleras,
arreglar un par de cofres
y... adios, Madrí... hasta la vuelta?..

MIGUEL. ¡Mercedes! dame un abrazo.

MERC. (Abrazándole.)

¡Miguel!...

(Agapita aparece en la puerta del foro, seguida de dos criados, que traen una cesta grande de mimbre llena de provisiones de boca, y otra mas pequeña que contiene doce botellas.)

ESCENA II.

MIGUEL, MERCEDES, AGAPITA, CRIADOS.

AGAP. (Desde el foro, viendo á los esposos abrazados, hace un gesto de disgusto, exclamando.)

¡Jesus! ¡qué pareja!...

MIGUEL. Pasa adelante, mujer...
no te quedes en la puerta.

AGAP. Yo... como estaban ustedes
tan...

MIGUEL. ¿Qué importa?

(Los criados dejan las banastas en donde les indica Agapita, y salen.)

AGAP. (Ap.) Una doncella
se divierte en esta casa...
¡qué espectáculos!... ¡no me entran!...

MIGUEL. (Mirando la banasta.)

¿Y qué es eso? ¡Comestibles!

MERC. Jamon, salchichon, manteca...

queso de Grúye, aceitunas,
café, latas de conservas,
chocolate, azúcar, pasas...
y... en fin varias frioleras
que á tí te gustan... y yo
no quiero privarte de ellas.

MIGUEL. Te has olvidado un artículo,
y artículo de primera.

MERC. ¿Un artículo?..

MIGUEL. Los vinos

generosos...

(Mercedes dá una palmadita en el carrillo á su marido obligándole por ese medio cariñoso á que vuelva la cabeza y repare en la cesta de las botellas.)

MERC. ¿Y esa cesta?

MIGUEL. (Examinando las botellas.)

Champagne, Oporto, Jerez,

Manzanilla, Cariñena,

¡Burdeos!.. ¡dame un abrazo!..

AGAP. (Viendo que se abrazan)

¡Jesus! ¡qué cosas! me apestan.)

MIGUEL. Mercedes, tú vales mas
que yo, no hay que darle vueltas!..

MERC. ¡Adulador!..

(Agapita lanza un suspiro.)

MIGUEL. (Á Agapita.) ¿Qué, estás mala?..

AGAP. Tengo un poco de jaqueca...

los nervios...

MIGUEL. ¿Tambien tú tienes...

AGAP. ¡Pues qué, señor, las domésticas
no tienen nervios!

MERC. (Á Agapita.) Retírate,

Agapita...

AGAP. (Media vuelta:

por no presenciar sus... cosas

me iria á vivir á Ceuta. (Váse foro izq uierda.)

ESCENA III.

MIGUEL, MERCEDES.

MERC. ¿Con qué el lunes?

- MIGUEL. Sea el lunes...
- MERC. Entonces con tu licencia saldré á tiendas.
- MIGUEL. ¿Qué te falta?
- MERC. Poca cosa; unas frioleras... un sombrero para tí y para mí una pamelita... ¿quieres que la compre blanca ó de color?...
- MIGUEL. Como quieras...
- MERC. Mientras yo salgo... tú escribes á Soto que se prevenga.
(Mercedes abre el cajón de una consola y saca una mantilla.)
- MIGUEL. ¿Llamo á Agapita?
- MERC. No, no... tú serás mi camarera.
(Colocándose delante de un espejo.)
Nadie me sirve mejor que tú.
- MIGUEL. ¿De veras?
- MERC. De veras...
(Miguel ayuda á su mujer á ponerse la mantilla.)
- MIGUEL. ¡Aduladora!
- MERC. Te digo lo que siento... ¡Zalamera!
- MIGUEL. Tira un poco de la blonda.
- MERC. ¿Está bien así?
- MIGUEL. Á la derecha.
- MERC. ¿Y ahora?...
- MERC. Está perfectamente.
- MIGUEL. ¿Y el vestido?
- MERC. Dá la vuelta, es decir, vira en redondo.
(Mercedes dá una vuelta pausada; Miguel en cuclillas estira el vestido y compone el vuelo de la falda.)
- MERC. ¿Qué tal?
- MIGUEL. Chica... mucho ahueca el miriñaque!...
- MERC. No es mucho.
- MIGUEL. Es moda que no me entra;

dá unos petardos...

MERC. ¡Pues yo!...

MIGUEL. Te exceptúo de la regla;
estás hecha una pollita.

MERC. Pues ya me acerco á los treinta
y tú tienes treinta y dos.

MIGUEL. Treinta y cinco á San Esteban.

MERC. Treinta y dos.

MIGUEL. No, treinta y cinco.

MERC. Treinta y dos...

MIGUEL. Bien, como quieras...
no hemos de reñir por eso.

MERC. No quiero que te envejezas,
que es preciso que confieses
que el matrimonio te prueba.

MIGUEL. No lo niego... estoy mas gordo.

MERC. Cuando te llevé á la iglesia
estabas tan flaco... y tan...

MIGUEL. Es verdad, tú me recuerdas
á mi amigo Serafin...
el muchacho mas tronera
de Madrid... Hace diez años
que no sé de él.

MERC. Larga fecha.
Me has contado tantas cosas
de ese hombre.

MIGUEL. Mala cabeza,
pero un corazon de oro.
Durante nuestra carrera
vivimos juntos... ¡qué amigo
mas fiel!... y con qué franqueza
de lo ajeno disponia.
Es verdad, que á manos llenas
esparramaba lo suyo,
y cuando yo una pendencia
tenia con otro, siempre
él salia á mi defensa.
Nos queríamos...

MERC. (Alejándose.) Si... adios.

MIGUEL. Ya te marchas... ¿quién te clea?

(Se oye en uno de los cuartos de la derecha tocar un
vals al piano, pero tocado por una mano inexperta.)

- MERC. Es nuestra Emilia que aprende
(Tira del cordon de la campanilla.)
un vals...
- MIGUEL. (Llevando el compás con la cabeza y talareando.)
¿Á ver si aun recuerdas...
(Cogiendo por la cintura á su mujer, preparándose á bailar.)
- MERC. ¡Pero Miguel!...
- MIGUEL. ¡Anda, tonta! (Talareando.)
- MERC. (Cogiéndose y bailando.)
Vamos... solo un par de vueltas.
(Mercedes y Miguel bailando y acompañando al piano con la voz. Agapita aparece en la puerta del foro: hace un gesto de disgusto viéndolos bailar.)

ESCENA IV.

MIGUEL, MERCEDES, AGAPITA en el foro.

- AGAP. (¡Jesus! ¡Vaya un espectáculo!...
Casados mas sanguijuelas...)
¿Llamaba usted?
- MERC. (Bailando.) Dile á Pepe
que voy á salir á tiendas
y quiero que me acompañe.
No puedo mas. (Dejándose caer en una butaca.)
- AGAP. (Dando media vuelta como para marcharse.)
¡Me revientan!... (Váse)

ESCENA V.

MIGUEL, MERCEDES.

- MIGUEL. (Dejándose caer en otra butaca.)
Conozco que el vals, Mercedes,
no es para mí.
- MERC. ¡Yo estoy muerta!
(Se oye la voz de un niño de seis años que lee en el Fleuri.)
- LA VOZ. (Del niño.) ¿En cuántas partes se divide el
tiempo?... En dos principales: la primera
desde el principio del mundo hasta el naci-

miento de Jesucristo; y la segunda desde el nacimiento de Jesucristo hasta la creación del mundo. (Cesa la voz. Don Miguel se levanta, y acercándose á la puerta dice:)

MIGUEL. ¡Diablo de chico!... No es eso.
Hasta nosotros, Babieca.

LA VOZ. (Del niño.) La segunda desde la venida de Jesucristo hasta nosotros Babieca.

MIGUEL. ¡Por vida! (Como si fuera á entrar en el cuarto. Mercedes le detiene riéndose.)

MERC. Déjale al pobre;
apenas seis años cuenta,
y en lecciones de memoria
qué niño es el que no yerra?

MIGUEL. Es verdad...

MERC. Verás qué alegre
se pondrá con la sorpresa
que para el lunes preparo
cuando en vez de ir á la escuela,
se encuentre junto al portal
con un coche de colleras.
(Mercedes, despues de estrechar la mano de Miguel,
sale por el foro.)

ESCENA VI.

MIGUEL, solo.

Mi mujer si que es mujer
(Se sienta y prepárase á escribir.)
que sabe lo que se pesca.
¡Y hay solteron doceañista
que viva á salto de mata
entre una patrona ingrata
y un amigo petardista?...
Diez años por carnaval
que nos casaron; si, justo:
y aun le encontramos buen gusto
al nido matrimonial.
Nunca entre nosotros dos
pudo hospedarse el demonio,
siendo nuestro matrimonio

de los que bendice Dios;
y como voy observando
que á mi gusto se acomoda,
el dulce pan de la boda
aun me parece muy blando.

(Escribiendo.)

Romualdo: el lunes espero
llegar á la quinta... (Dejando la pluma.)

Hoy día,

una mujer cual la mía
no se paga con dinero.

Las queridas con razon

te despluman si te embobas

con su amor. (Escribiendo.) Á las alcobas

puedes darles un limpión,

pues sabes que mi mujer

nunca en la limpieza ceja.

(Representando.)

Y en un mes de amor te deja

sin un hueso que roer

la mas modesta del gremio.

Yo las odio... las maldigo,

soy su constante enemigo.

(Escribiendo.)

Sé que merecen un premio

tus desvelos de hortelano,

y recompensarte espero

con la petaca de cuero.

(Representando)

No sé cómo hay ciudadano

que incauto y frágil se entrega

á una mujer sin amor,

que le clava á lo mejor.

(Escribiendo.)

Una navaja gallega

me pides y la tendrás.

El sobre á... calle del Pez,

arrabales de Aranjuez,

huerta de San Nicolás...

(D. Miguel se queda sellando la carta sentado junto á la mesa, se oye la voz de Serafin y Agapita en la puerta del fondo.)

SERAFIN. (Desde dentro.)

No hay que incomodarse...

AGAP. (Desde dentro.)

Al fin

del corredor. (Cruza por el foro y se vá.)

(Serafin aparece en la puerta del foro: debe ser un elegante en decadencia: las prendas aunque viejas y de viaje le sientan bien y le dan un aire distinguido: lleva en la mano un saco de noche, sombrero de paja, etc.)

ESCENA VII.

MIGUEL, SERAFIN.

SERAFIN. (Desde el foro.) ¡Caballero!...

MIGUEL. (Levantándose.)

¿Quién... será posible... pero...

(Miguel primero mira con asombro á Serafin, luego se restrega los ojos con las yemas de los dedos como el hombre que cree ver una cosa imposible y duda de la realidad, y por fin se lanza en los brazos de Serafin: tan pronto como este abra los suyos pronuncia su nombre.)

SERAFIN. ¡Miguelito! (Corriendo hácia él.)

MIGUEL. ¡Serafin!.. (Abrazándole.)

¡Tú en Madrid!... yo te creía con los muertos sepultado...

SERAFIN. Pues, chico, te has engañado, porque aliento todavía.

MIGUEL. ¿De dónde sales, perdido, despues de tan larga ausencia?..

SERAFIN. Salgo de la diligencia cual me ves, sucio y molido.

MIGUEL. Otro abrazo, voto al draque... (Se abrazan.)

SERAFIN. Aprieta dè corazon...

MIGUEL. Á ver... sin adulacion; aun conservas buen empaque... porque al ver tu aire marcial, así á la primera vista, huelo en tí á un capitalista.

SERAFIN. (Apoyando su mano derecha sobre el hombro de Don Miguel.)

Pues, chico... hueles muy mal;
porque en mí todo es fachada
pelada, monda y lironda,
pero si me echas la sonda...

MIGUEL. ¿No das fondo?

SERAFIN. Casi nada.

MIGUEL. Sobre tu suerte no arguyo...
que ella ha de ceder al fin:
mientras tanto, Serafin,
como antes... lo mío es tuyo.

SERAFIN. Gracias... Miguel...

MIGUEL. Con razon,

ocho años juntos vivimos
y el dulce nombre nos dimos
de hermanos del corazon;
mas en diez años de ausencia
¿qué hizo tu fortuna ingrata?

SERAFIN. Vivir á salto de mata

y malgastar la existencia:
te dejé y me fuí á Albacete
con la carrera acabada,
y en mi paternal morada
establecí mi bufete;
pero aunque todos decian
que era un chico aprovechado,
los clientes á mi estrado
con frecuencia no acudian.

Al fin aquellos pazguatos
me aburrieron de manera,
que un dia me dije... fuera;
Serafin... al agua, patos:
mira con desden profundo
estas arraigadas yedras,
tú en este mundo no medras,
ánimo y al otro mundo.

MIGUEL. ¡Hombre!... ¿y tuviste valor...
para atentar?..

SERAFIN. Claro es.

Catorce dias despues
en Cádiz tomé un vapor,

MIGUEL. Yo creí...

(Haciendo el ademan de un hombre que se pega un tiro.)

- SERAFIN. Eso es vulgar...
El hombre de corazón
afronta la situación,
la vé y la deja llegar...
Ni la vida me importuna
ni yo quiero darla al traste.
- MIGUEL. Es decir que viajaste
en pos de mejor fortuna.
- SERAFIN. Medio mundo recorrí,
y soy tan afortunado,
que á Madrid he regresado
tan pobre como salí.
- MIGUEL. Á tí que estudiar te agrada,
no habrás el mundo corrido
sin aprender...
- SERAFIN. He aprendido
á saber que no sé nada.
- MIGUEL. ¿Qué aprendé aquel que se afana
en recorrer las naciones?
- SERAFIN. Que... las grandes poblaciones
en conjunto son hermanas.
En todas ellas se vé
sol de día y luz de noche,
ricos que corren en coche,
pobres que corren á pié.
Palacios donde el magnate
derrocha altivo el dinero...
casuchas do el pordiosero
con su miseria combate.
Celebridades inscritas
sin razon en las gacetas;
artesanos con chaquetas
y señores con levitas:
hombres de mucho saber
que viven oscurecidos,
ignorantes atrevidos
que conquistan el poder...
Por suma sabiduría
la desvergüenza aclamada,
y la modestia mirada
como infame hipocresía.
Artistas de ingenio chato

que en el café adquieren fama,
alguna mujer que ama
y muchas que aman un rato.
Fátuos á quienes engriebe
un aplauso que desdora,
media sociedad que llora,
media sociedad que rie:
Tahures de mala ley
que engorda ajeno bolsillo,
mucho tonto, mucho pillo...
mucho súbdito y un rey.
Y en fin, Miguel, los humanos
del padre Adán descendemos...
por lo cual nos parecemos,
es decir... somos hermanos.

Pero aunque con lengua adusta
trate al mundo de imperfecto,
á mí me hace buen efecto:
quiero decir, que me gusta.

MIGUEL. Sobre el mundo no te arguyo,
que en ello soy poco fuerte;
pero volviendo á tu suerte,
repito... lo mío es tuyo.

SERAFIN. Gracias, Miguel, pues te advierto
que tu oferta, hoy en el día,
me viene bien... no tenía
adonde caerme muerto.

MIGUEL. Otro abrazo, y demos fin
á tus gracias.

SERAFIN. Bien, admito.
¡Estás gordo, Miguelito!...

MIGUEL. ¡Si que lo estoy, Serafin!
De vida tranquila en pos,
á tiempo mudé de estado
y me casé...

SERAFIN. (Con asombro.) Te... ¿has casado!

MIGUEL. (Con naturalidad.)
Me he casado.

SERAFIN. (Cogiendo el saco de noche que habrá dejado sobre
una silla, y dirigiéndose hácia la puerta.)

¡Chico, adiós!

MIGUEL. (Deteniéndole.)

- ¿Dónde vas?
- SERAFIN. Miguel, dispensa;
porque tu mujer quizás...
- MIGUEL. Como des un paso mas...
me haces una grave ofensa.
- SERAFIN. Pero, hombre, no es muy prudente...
- MIGUEL. Pues no faltaba otra cosa.
(Le quita el saco de noche y lo tira sobre una butaca.)
- SERAFIN. Pero ¿tu esposa?...
- MIGUEL. Mi esposa
es una mujer decente.
Despues, no eres un extraño
para ella... pues veces mil
nuestra vida estudiantil
le he referido de antaño.
- SERAFIN. Mira, Miguel; avezado
á esa vida independiente,
soy... asi... un poco indolente,
y tu mujer...
- MIGUEL. ¡Qué pesado!
¿Te piensas tú que Mercedes
es una mujer vulgar...
que vá á gruñir y á rabiar
porque tú en casa te quedas?
¿ó es que á ser rico, quizás
tus puertas me cerrarías?
- SERAFIN. Yo no...
- MIGUEL. Pues si no lo harías,
admite y no hablemos mas.
- SERAFIN. Admito y cierro la boca,
que el pobre por todo pasa.
- MIGUEL. (Tirando del cordon de la campanilla.)
Pobre no; tuya es mi casa,
y sé lo que hacer me toca.

ESCENA VIII.

MIGUEL, SERAFIN, AGAPITA.

AGAP. ¿Llamaba usted?

MIGUEL. Ven aqui.

AGAP. (Mirando de reojo á Serafin al tiempo de acercarse adonde está Miguel.)
(No es mal mozo.)

MIGUEL. Acércate.

¿Tú ves á este caballero?

AGAP. Sí, señor.

MIGUEL. Mirale bien.

AGAP. Le miro, y por mas que miro...
no le conozco.

MIGUEL. Lo sé.

SERAFIN. (¡Qué ojillos tiene esta chica!)

MIGUEL. Voy á decirte quién es,
para que todos en casa
cumplais con vuestro deber.
Se llama don Serafin
Monterroso.

SERAFIN. Mas, Miguel...

AGAP. (¿Será soltero?...)

MIGUEL. Es mi amigo,

y aqui le obedecereis
en todo, sin consultarle

á nadie, ni á mi mujer.

En una palabra, el amo
desde este momento es él.

AGAP. Se hará lo que usted desea.

MIGUEL. Pues eso quiero.

AGAP. Está bien.

MIGUEL. Conque adios. Venga otro abrazo.

SERAFIN. ¿Te vas?

MIGUEL. Van á dar las tres,
y he de ir al ministerio...
Pronto vuelvo.

SERAFIN. Adios, Miguel.

ESCENA IX.

SERAFIN, AGAPITA.

SERAFIN. ¡Qué buen amigo!... de fijo
que no hay en la corte diez
que en iguales circunstancias
hicieran lo que ha hecho él.

Oye, muchacha: ¿á qué hora se acostumbra aquí á comer?

AGAP. Aquí, señor, nos regimos por el método francés. Almorzamos á las doce y comemos á las seis. Pero si usted quiere algo...

SERAFIN. Algo... ¡pche! yo te diré: desde anoche á media noche que cenamos, no muy bien, que no he comido mas que humo de cigarros de papel; de modo que en el estómago siento...

AGAP. Le comprendo á usted: voy á que la cocinera disponga...

SERAFIN. Si... eso es... que disponga, pero poco; no me vayas á traer un almuerzo succulento; bastan dos platos ó tres; sobre todo, vino... el agua no suele sentarme bien. Además me la ha prohibido un facultativo inglés, y yo los fallos respeto de los hombres de saber.

AGAP. ¿Entrará usted al comedor?

SERAFIN. ¡Al comedor! ¿para qué? En cualquier parte, aquí mismo.

AGAP. (¡Qué franco y qué guapo es!) (Vase.)

ESCENA X.

SERAFIN, solo.

Está bien puesta la casa... se conoce que Miguel es hombre de arraigo... huelo aquí cierta esplendidez... (Se queda parado delante de un espejo.)

yo si estoy en decadencia...
como volviera á nacer,
no emplearia mi tiempo
tan mal como lo emplee...
Gracias á que Miguelito
me ha recibido muy bien,
y recordando aquel tiempo
que en la calle del Clavel
vivimos en comandita
partiéndonos nuestro haber,
me ha dicho: lo mío es tuyo;
y yo, que sé quién es él,
admito, porque me consta
su noble desinterés...

Bonita bata... (Reparando en la bata.) esta bata
me debe venir muy bien.

(Se la pone, tirando la levita que lleva sobre una
butaca.)

Magnífica... ¡unas chinelas!

(Viendo las que dejó Mercedes.)

Me alegro, porque mis pies
en su cárcel de becerro
me empezaban á doler...

(Se pone las chinelas y tira las botas. Reparando en
la cesta de comestibles y en las botellas.)

¡Providencia! ¿Estoy en Jauja?...

¡Burdeos, Champañe, Jerez!

¡Pero, Señor, es comible
esto que mis ojos ven?...

Probémoslo. (Destapa una botella y bebe.)

¡De primera!

Veamos esta otra... ¡de ley!

¡Yo no puedo consentir
que esclava de la sartén
esté allá dentro esa chica.

Muchacha...

ESCENA XI.

SERAFIN, AGAPITA, por el foro, con una bandeja en la cual trae pan, manteles y cubierto.

AGAP. (Saliendo.) ¿Llamaba usted?

SERAFIN. No dispongas nada...

AGAP. ¿Cómo?

SERAFIN. Mira. (Señalando las cestas.)

Y extiende el mantel
sobre esta mesa.

AGAP. Es que...

SERAFIN. Nada
de cumplidos.

AGAP. Pero es que...

SERAFIN. Nada, chica, *sans façon*.

En el amor y el comer,
yo siempre fui muy demócrata.

AGAP. (Me ha mandado don Miguel
que obedezca... y obedezco.)

SERAFIN. Para que yo almuerce bien,
basta con esto... te ayudo.

(Entre los dos ponen la mesa.)

AGAP. ¡Ay! No se incomode usted.

SERAFIN. ¡Qué manos tan pequeñitas!...

AGAP. Favor...

SERAFIN. Son como el papel.

AGAP. Favor...

SERAFIN. Pues los ojos...

AGAP. Vamos...

¡que me ruboriza usted!...

SERAFIN. ¿Quieres sentarte á mi lado?

AGAP. Pero...

SERAFIN. Tonta, siéntate.

AGAP. Usté es muy amable. (Sentándose.)

SERAFIN. ¿Amable?...

no lo sabes tú muy bien.

¿Quieres una aceitunita? (Presentándole una.)

AGAP. ¿Una sola?

SERAFIN. Ó dos... ó tres...

AGAP. ¡Ay! Señor don Serafin,

yo no me atrevo...

SERAFIN. ¿Y por qué?

AGAP. Porque la que toma...

SERAFIN. Etcétera;
sé el refrán, riete de él.

AGAP. Vaya, si usted me promete...

SERAFIN. ¡Pues no te he de prometer!

AGAP. Muchas gracias.
(Tomando una aceituna con el tenedor.)

SERAFIN. Con permiso.

(Dándole un beso en la mano.)

AGAP. Caballero... ¿qué hace usted?
Usted falta á su palabra.

SERAFIN. No lo creas, al revés...

El que toma á dar se obliga,
nos dice el refrán... pues bien,
yo te he dado una aceituna,
y un beso... luego ya ves
que yo te he dado dos cosas
sin tomar nada, mujer.

AGAP. Usted sabe mucho...

SERAFIN. Gracias.

¿Otra aceitunita?

AGAP. Bien. (La toma.)

SERAFIN. ¿De dónde eres?

AGAP. De Mallorca.

SERAFIN. Pues, chica, no te se vé...

AGAP. ¿El qué, señor?

SERAFIN. El acento,

me pareció aragonés.

AGAP. Si me crié en Jaca...

SERAFIN. En Jaca...

(Entonces correrá bien.)

Y dime: las de tu clase,

hoy día, ¿en dónde teneis

la reunion los domingos?

AGAP. Solemos ir al Ariel,

al Elíseo Madrileño...

SERAFIN. Al Elíseo... y eso, ¿qué es?

AGAP. Baile dominguero.

SERAFIN. ¡Hola!

AGAP. Y me puede usted creer,

la reunion es muy decente.

Vaya, ya la verá usted.

Yo bailé el último baile
con el hijo de un marqués.

¡Y si viera usted qué fino!...

mucho, me llevó al café,

y luego me trajo á casa

en un coche de alquiler.

SERAFIN. ¿Si?... pues el domingo iremos...

digo, si tú vas...

AGAP.

Iré

si usted se empeña...

SERAFIN.

Me empeño.---

Mas dime, ¿en dónde podré

afeitarme?

AGAP.

En aquel cuarto

(Señalando uno de la derecha.)

tiene usted el neceser

del señorito.

SERAFIN.

Y su ropa,

¿está en el cuarto tambien?

AGAP.

Si, señor.

SERAFIN.

Voy á afeitarme.

AGAP.

Si me necesita usted,

me llama.

SERAFIN.

Si te... (Prudencia;

no lo echemos á perder.)

Venga esa mano...

(Dándole la mano.)

AGAP.

(¡Qué franco!)

SERAFIN.

¿Quieres ser mi amiga?

AGAP.

Bien.

SERAFIN.

Yo soy constitucional,

y nunca me olvido que

la Constitucion nos dice

igualdad ante la ley.

Yo esa igualdad acato,

sobre todo en la mujer.

Somos amigos.

AGAP.

Amigos.

SERAFIN.

Aprieta... y hasta despues.

(En cuanto llegué á la corte

ya me ha caído que hacer.)
(Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA XII.

AGAPITA, sola.

Ese caballero tiene
en su cara un no sé qué...
que ha conmovido las fibras
de mi corazón novel.
Es de esos que tienen ángel;
de esos que la primer vez
que en la senda de la vida
los encuentra una mujer,
dicen: la media naranja
que yo voy buscando es él.

ESCENA XIII.

AGAPITA, MERCEDES, y un criado por el foro.

MERC. Gracias á Dios. ¡Qué calor!
Deja eso y véte, José.
(Váse el criado despues de dejar sobre una consola dos
sombreros de paja. Mercedes reparando en la mesa y
en el desórden de la escena. Agapita junto á la puer-
ta de Serafin, sin reparar en su ama.)
¡Pero, Dios mio, qué es esto!
¡qué desórden!... ¡ni un cuartel!...
Mis provisiones así...
¡qué escándalo!... ¡una levita!
¡y unas botas!... ¿Agapita?
Señora.

AGAP.

MERC.

AGAP.

MERC.

¿Qué pasa aquí?
¿Qué pasa...

Vamos, contesta.
¿Por qué razon mis doncellas
dan comienzo á mis botellas
y me escudriñan lá cesta?
Vamos, responde: ¿á qué fin
hallo esto desarreglado?

- AGAP. Le diré á usted; es que ha almorzado
el señor don Serafin.
MERC. ¿Don Serafin Monterroso?
AGAP. El mismo; y él culpa tiene...
MERC. (En buenos momentos viene
el amigo de mi esposo.)
¿Dónde está?...
AGAP. En el gabinete
afeitándose.
MERC. Me agrada.
AGAP. ¿Quito esto?
MERC. No quites nada.
AGAP. ¿Quiere usted algo?
MERC. No, vete.
AGAP. Me voy... (¡Jesus, qué mujer!
¡qué genio tan fastidioso!) (Váso.)

ESCENA XIV.

MERCEDES, sola.

Don Serafin Monterroso
lo ha echado todo á perder.
Si ahora mi esposo se engresca
contando historias pasadas
y vuelven á las andadas...
quiere decir... que estoy fresca.
Vamos, aquí es menester
pensar algo... discurrir...
yo no puedo consentir
que Miguel se eche á perder.
Él tan bueno... tan casero...
y de seguro se pierde
solo con que le recuerde
sus locuras de soltero. (Pausa.)
Si yo con paciencia escasa
con mal trato le despidio...
por no ceder mi marido
querrá tenerle en su casa;
y dirá que no respeto
su amistad... ¡Qué desatino!...
tomemos otro camino

para llegar á mi objeto...
porque la paz del hogar
cuesta mucho de obtener;
mas si se llega á perder,
tarde se suele encontrar.
Recursos tendré de sobra...
para poder conseguir...
Él por allí ha de salir.
Ea; manos á la obra.

(Mercedes se sienta en una butaca que debe hallarse al extremo opuesto del cuarto en donde figura estar Serafin. Este sale con un jarro en la mano y la cara enjabonada como el que vá á afeitarse, y se dirige al foro sin ver á Mercedes.)

ESCENA XV.

MERCEDES, SERAFIN.

SERAFIN. Voy á ver si la muchacha
me llena el jarro... ¡Agapita!

MERC. ¡Ay!

SERAFIN. ¿Qué?

MERC. ¡Jesus!

SERAFIN. ¡Señorita!

MERC. Caballero... ¡Ay Dios, qué facha!...

SERAFIN. ¿Se asustó usted?...

MERC. Un poco... ¡el grito!

SERAFIN. Perdone usted...

MERC. ¡Y lleva puesta

la bata!...)

SERAFIN. (Si será esta

la mujer de Miguelito?...)

MERC. No lo extrañe usted, que al fin
yo con quién hablo no sé.

SERAFIN. ¿No me ha conocido usted?

MERC. No, señor...

SERAFIN. Soy Serafin.

MERC. ¡Serafin!

SERAFIN. Si, Monterroso.

MERC. Es usted, si no me engaño,
aquel amigo de antaño

de quien me ha hablado mi esposo?

SERAFIN. Justo... y usted, señorita,
será...

MERC. Si, yo soy la esposa
de don Miguel de Espinosa.

SERAFIN. Celebro... (Pues es bonita.)

MERC. ¿Vió usted á Miguel?

SERAFIN. Le ví.

MERC. ¿Y qué dijo?..

SERAFIN. Se ha empeñado
en tenerme aquí hospedado...

MERC. Hizo bien...

SERAFIN. ¿Hizo bien?

MERC. Sí.

SERAFIN. Señora, tanta bondad.

MERC. ¿Qué persona siendo honrada
tiene la puerta cerrada
cuando llama la amistad?

SERAFIN. Gracias...

MERC. Me alegro infinito
de dar á usted alojamiento.

SERAFIN. (Creo que tiene talento
la mujer de Miguelito.)

Pues, señora, yo confieso
con rubor, que me creía
que á usted no le gustaría
el que yo...

MERC. ¡Pensó usted eso!

(Serafin hace un movimiento afirmativo.)
pues ha pensado usted mal.

SERAFIN. Como á la mujer casada,
vamos... no siempre le agrada
que uno...

MERC. ¿En tésis general?

SERAFIN. ¡Pischt!

MERC. Pues en esta ocasion,
aunque en el alma le pese,
es preciso que confiese
que yo soy una excepcion...

SERAFIN. Lo veremos...

MERC. Yo lo fio...

Usted, señor Monterroso,

- ¿es amigo de mi esposo?
- SERAFIN. Sí...
- MERC. ¿Quiere usted serlo mio?
- SERAFIN. Señora, me falta labia para decirle que gano con su amistad...
- MERC. Sí... la mano. (Le dá la mano.)
- SERAFIN. Tome usted. (Yo estoy en habia.) Siento...
- MERC. Disculpa no admito, que aquí la franqueza reina.
- SERAFIN. (Caramba, y qué bien se peina la mujer de Miguelito!..) Conque amistad... (¡Animal!...)
- (Se lleva la mano á la cara distraídamente, y al vérsela llena de jabon exclama con asombro: ¡Animal!)
- Señora... perdone usted.
- MERC. Que le perdone... ¿y por qué? si eso es lo mas natural... (Serafin se limpia la cara con la falda de la bata.)
- (¡Y se limpia con la bata... Maldito seas amen!)
- SERAFIN. Ríase usted... porque bien merezco... Memoria ingrata! La presentacion ha sido á fé mia divertida.
- MERC. ¡Bah! no habré visto en mi vida afeitarse á mi marido!
- SERAFIN. Me aturde tanta bondad; ni aun se quiere usted reir de mí.
- MERC. No; mas le voy á pedir un favor á su amistad.
- SERAFIN. Un favor... ¡mil que usted quiera!
- MERC. Pido á su amistad, si es fiel, que no recuerde á Miguel su historia de calavera... pues de esa vida azarosa el seductor desaliño, matar pudiera el cariño de sus hijos y su esposa; y pues usted ha venido

á esta humilde casa á honrarme,
no pretenda usted robarme
el amor de mi marido.
Amor en el cual yo miro
mi felicidad cumplida,
tan necesario á mi vida
como el aire que respiro...
dulce, amorosa pasión
que nunca arrancó en despojos
ni una lágrima á mis ojos,
ni un latido al corazón;
que es muy triste, á la verdad,
y el pensarlo me amedrenta,
perder un amor que cuenta
diez años de antigüedad.
Amor que yo necesito,
porque es parte de mi ser...

SERAFIN. (Pues señor... ¡es gran mujer
la mujer de Miguelito!)

Señora, si algun negocio
se me presenta algo al sesgo
lo haré por mi cuenta y riesgo,
sin necesidad de socio.

Item mas: le juro á usted
que si me pide su esposo
parte, aun siendo ventajoso
el negocio... no lo haré...

MERC. Palabra...

SERAFIN. Queda empeñada;
que yo no la ofrezco en vano.
(Serafin y Doña Mercedes se dan la mano.)

ESCENA XVI.

MERCEDES, SERAFIN, MIGUEL en el foro.

MIGUEL. (Desde el foro.)

¡Caramba! ¡Ya os dais la mano!

¡Bravo! (Pues esto me agrada.)

SERAFIN. ¡Qué mujer tienes, Miguel!

¡qué mujer!... te felicito.

MIGUEL. ¡Sí, eh!

SERAFIN. Voy á rasurarme:
hasta luego.
(Á Mercedes.) Con permiso. (Vase.)

ESCENA XVII.

MERCEDES, MIGUEL.

MIGUEL. ¿Conque tan amigos ya?

MERC. Con razon. Siendo tu amigo,
no tiene nada de extraño
que tambien lo sea mio.

MIGUEL. Me alegro, pues hospedaje
en mi casa le he ofrecido
al verle llegar tan pobre.

MERC. Y has hecho bien: fuera indigno
de tu corazon, cerrarle
las puertas porque eres rico.

MIGUEL. Gracias.

MERC. ¡Despues es tan franco!

MIGUEL. ¿Verdad que si?

MERC. ¡Y tan cumplido!

¡Tiene una conversacion
tan amena!

MIGUEL. Si es muy fino.

MERC. Pero es un poco tronera.

MIGUEL. ¡Tronera! ¿Qué, qué te ha dicho?...

MERC. Tonterias...

MIGUEL. ¡Tonterias!...

(Fuera lance divertido
que Serafin...)

MERC. (Le hizo efecto.)

¿Qué decias?...

MIGUEL. Yo no digo...

MERC. Pues á pesar de sus bromas
me parece muy buen chico.

MIGUEL. No tan chico... no, Mercedes,
que ya cumplió treinta y cinco.

MERC. ¿De veras?... pues está jóven.

MIGUEL. Pisteh...

MERC. Yo no lo hubiera dicho.

MIGUEL. (Andemos con pies de plomo,

- que Serafin es muy pillo.)
MERC. Si vieras con qué franqueza disponia...
- MIGUEL. Hizo lo mismo
toda su vida.
- MERC. Tu bata
se puso...
- MIGUEL. Si, ya lo he visto.
- MERC. Á mí me hizo tanta gracia el verle.
- MIGUEL. Es muy divertido.
- MERC. Sin andarse con repulgos de empanada, ahora mismo él se preparó un almuerzo fiambre, dando principio á nuestra cesta.
- MIGUEL. ¡Á la cesta!
¡Calla! ¡y comenzó los vinos!
¡Pues es una ganga!...
- MERC. ¡El pobre
traia tal apetito!
- MIGUEL. Si, mas no se sácia el hambre en la sala de recibo cuando hay un buen comedor.
- MERC. Sé indulgente con tu amigo.
- MIGUEL. Lo soy, pero es muy Adan.
- MERC. No es sino un poco aturdido, acostumbrado á las fondas y á las casas de pupilos...
- MIGUEL. Se deja aquí una levita, se deja allá unos botitos, y convierte en prendería la sala. ¡Es muy divertido!
- MERC. No te enfades por tan poco.
- MIGUEL. ¡Tan poco! Pues...
- MERC. Si; y ahora mismo todo estará como estaba.
Ayúdame... no hay motivo...
(Coloca en la cesta los comestibles.)
Los comestibles aqui,
y en esta cesta los vinos;
esta levita, estas botas

déjalas aquí en un lio
para que las limpie Pepe.
¿Ves? ya está todo en su sitio.
MIGUEL. (Me carga que mi mujer
defienda tanto á mi amigo.)

ESCENA XVIII.

MERCEDES, MIGUEL, SERAFIN, que sale del gabinete con traje
diferente y sin sombrero.

SERAFIN. (Sale, vé á Miguel y Mercedes juntos arreglando la
cesta y comienza á batir las palmas.)
¡Bravo! ¡bien!...

MERC. ¡Ah! es Monterroso...

SERAFIN. ¡Si viera usted cuánto envidia
á los casados que pasan
la vida así tan unidos
como ustedes!

MERC. Si, eso es fácil.

SERAFIN. ¿Cómo?

MERC. Haciendo usted lo mismo...
casándose.

SERAFIN. ¡Tengo un miedo!...

MERC. ¿Á la mujer?

SERAFIN. No, á los hijos:
esa prole progresiva
de los matrimonios íntimos.

MERC. ¿Teme usted?...

SERAFIN. Si, lo confieso;
me dan horror los chiquillos.

MERC. Pues á mí me gustan mucho.

MIGUEL. Y á mí.

SERAFIN. Oye, Miguelito.
Dispense usted... (Á Mercedes.)

MIGUEL. ¿Qué me quieres?

MERC. Cuidado con lo ofrecido.

SERAFIN. Descuide usted.

MIGUEL. ¿Y qué es ello?

SERAFIN. Un secreto...

MIGUEL. ¿Si? ¡pues chito!

SERAFIN. Escucha.

- MIGUEL. Tus pantalones
se parecen á los míos.
- SERAFIN. Eres buen fisonomista.
- MIGUEL. ¿Por qué?
- SERAFIN. Porque son los mismos.
- MIGUEL. (¡Pues me agrada!)
- SERAFIN. Con franqueza;
si te enfadas me los quito.
- MIGUEL. ¿Quieres callar?...
- SERAFIN. La levita
también... Estoy desprovisto,
y en tanto que no tropiece
con un sastre compasivo,
yo acepto tu ofrecimiento,
Miguel, y lo tuyo es mío.
- MIGUEL. Bien, hombre.
- SERAFIN. Á mí no me gusta
ser molesto, te lo aviso.
Escucha. Estoy sin un cuarto...
(Miguel hace ademán de sacar dinero del bolsillo. Serafin le coge por el brazo y le dice á media voz.)
No te toques el bolsillo;
no quiero que tu mujer
se entere... Así, con descuido,
dejas sobre la consola
alguno...
- MIGUEL. (Vaya un capricho.)
- SERAFIN. Y yo me acerco y lo tomo
haciéndome el distraído.
(Miguel deja sobre la consola algunos napoleones, que luego tomará Serafin.)
- MERC. ¿Se acabó la conferencia?
- SERAFIN. Si, señora.
(Acercándose adonde está Mercedes.)
- MIGUEL. (Yo no he visto
una franqueza mas ancha
que la que gasta conmigo
Serafin.)
- SERAFIN. (Hablando confidencialmente con Mercedes.)
Yo nunca falto,
señora, á lo prometido.
- MERC. Gracias.

SERAFIN. Palabra es palabra.
MIGUEL. ¿Qué?
SERAFIN. Si no hablamos contigo.
MIGUEL. (¡Pues me gusta!)
SERAFIN. ¿Y el dinero?
MIGUEL. En la mesa. (Á Mercedes.) (¿Qué te ha dicho?)
MERC. Tonterías.
(Serafin se acerca á la consola y coge el dinero que dejó Miguel con disimulo. El juego de esta escena se deja á cargo de los actores.)
MIGUEL. ¡Tonterías!...
(¡Malol... ¡malol!...)
MERC. (¡Pobrecito!
me dá lástima: él padece...)
SERAFIN. (Uno, dos, tres, cuatro, cinco
napoleones... Me basta
para hoy.) Di, Miguelito,
¿es este sombrero tuyo?
MIGUEL. Si.
SERAFIN. Pues te lo decomiso.
MIGUEL. ¡Cómo!
SERAFIN. Voy á comprar uno,
y vuelvo. Adios...
MIGUEL. Pero, chico...
si yo no tengo otro.
SERAFIN. Vuelvo.
MIGUEL. Pero...
SERAFIN. Si vuelvo ahora mismo. (Váse.)

ESCENA XIX.

MIGUEL, MERCEDES.

MERC. ¡Já, já, já!
MIGUEL. ¿Te ries?
MERC. Si.
¿Á quién á reir no incita
su gracia?
MIGUEL. ¿Si? pues maldita
la gracia que me hace á mí.
MERC. Miguel, no tienes razon.
MIGUEL. ¿Que no tengo?... Ese aturdido

hoy á mi casa ha traído
las plagas de Faraon.

MERC. Preciso es que te hagas cargo
que es tu amigo.

MIGUEL. Si, mujer.

MERC. Que le acabas de ofrecer
cuanto vales...

MIGUEL. Sin embargo...

MERC. Que él á tu casa ha llegado
y tú le admitistes...

MIGUEL. Pero...

una cosa es ser soltero...

y otra cosa es ser casado...

No me hace gracia maldita

que sin atender razones

se ponga mis pantalones,

mi sombrero... mi levita.

Que me escudriñe la cesta

y se beba á todo pasto

un vino que solo gasto

para los días de fiesta.

MERC. Pero te olvidas, Miguel,
que es muy pobre y muy tu amigo,
y que él haría contigo

lo mismo que haces con él.

Por lo cual yo solicito

que cumplas con tu deber.

MIGUEL. (Me carga que mi mujer
defienda á Serafinito.)

MERC. Iremos al campo. Al fin

tú de ello te alegrarás,

que allí nunca estan de mas

hombres como Serafin.

MIGUEL. (¡Pues estoy fresco si viene!)
Si se decide á venir,

MERC. Si se decide á venir,

nos vamos á divertir

mucho...

MIGUEL. Si. (No me conviene.)

Mira, Mercedes... la vida

del campo tiene atractivos

muy bellos... muy positivos

para el que su hacienda cuida.

- Yo su dulce paz envidio
y la disfruto gustoso,
pero lo que es Monterroso
se nos muere de fastidio.
Ya ves, un hombre avezado
á esa vida de jarana,
en el campo, á la semana
llora como un desterrado.
- MERC. Pues tienes razon, Miguel.
- MIGUEL. (Voy convenciendo á mi esposa.)
¡Ah! se me ocurre una cosa...
- MERC. ¿Qué cosa?
- MIGUEL. Irnos sin él.
- MERC. (Opino que á lograr voy...)
Es claro, si allí se aburre...
- MIGUEL. Otra cosa se me ocurre.
- MERC. ¿Qué cosa?
- MIGUEL. Marcharnos hoy.
- MERC. ¡Marcharnos! Yo no me explico...
Y él, ¿qué dirá?
- MIGUEL. No te importe.
Qué, ¿no hay fondas en la córte?
- MERC. Pero él es pobre.
- MIGUEL. Yo rico.
- MERC. (Ya los resultados toco.)
- MIGUEL. En casos excepcionales
se tiran trescientos reales.
- MERC. Trescientos reales es poco.
- MIGUEL. ¡Poco!
- MERC. Poco... Mas seguros
allá en el campo estaremos
cuanto mas al partir demos.
- MIGUEL. ¿Qué le doy?
- MERC. Cincuenta duros.
- MIGUEL. ¡Mil!...
- MERC. Corto no te quedes.
¿No es tu amigo?
- MIGUEL. Si, si; pero...
- MERC. ¡Bah! no te duela el dinero
hoy.
- MIGUEL. Tienes razon, Mercédes.
- MERC. Mas para qué no se inquiete

viendo que se le rehusa,
escribe y dále una excusa..

MIGUEL. (¡Qué mujer!...) Saca un billete.

(Miguel se frota las manos demostrando el contento, y se sienta preparándose para escribir.)

MERC. (¡Ay, gracias á Dios que al fin
me libro de mi enemigo!) (Váse.)

ESCENA XX.

MIGUEL, solo.

Pues señor... confieso y digo
que me asustó Serafin. (Escribe.)

(Representa.)

No es que á mí el temor me embarga
pensando que mi mujer
faltar puede á su deber...

pero... el diablo las carga.

Si, bien pensado, hoy emigro;

pues el refran, con razon

dice... quita la ocasion

y quitarás el peligro. (Escribe.)

De este viaje repentino

las causas y las razones

le digo en cuatro renglones;

este es el mejor camino.

ESCENA XXI.

MIGUEL, MERCEDES.

MERC. Toma. (Dándole un billete del Banco.)
¿Y la carta?

MIGUEL. Está escrita.

Mira...

(Se la enseña y Mercedes la recorre con la vista.)

MERC. ¡Muy bien!

MIGUEL. Falta ahora

que nombres embajadora.

MERC. Embajadora... ¿Agapita? (Llamando.)

ESCENA XXII.

MERCEDES, MIGUEL, AGAPITA, por el foro.

MERC. Á don Serafin darás
esta carta en cuanto venga,
diciéndole que la tenga
como en despedida... ¿Estás?

AGAP. ¡Como! (Asombrada.)

MERC. Tú lo has de decir
que de la corte nos fuimos,
y que en el alma sentimos
no podernos despedir.

AGAP. ¡Ah!...

MERC. Que fué cosa impensada,
como la carta lo explica.

AGAP. ¡Ah!...

MERC. ¡Está tonta esta chica!...

AGAP. Tonta no... ¡pero asombrada!...
(¿Qué es esto? ¡yo me hago un lío!.)
(Llaman á la puerta de la calle.)

MERC. Llaman.

MIGUEL. Abre... y cumple fiel.

(Váse Agapita.)

MERC. Ocultémonos, que es él.

MIGUEL. Tú á tu cuarto; yo al mio.

(Miguel y Mercedes se ocultan en sus respectivas habitaciones. Serafin y Agapita aparecen por el foro: Serafin lleva un sombrero puesto y otro en la mano.)

ESCENA XXIII.

SERAFIN, A AGAPITA.

SERAFIN. (Entrando.)

Ya tienes aqui el sombrero...
¿Y el señorito?

AGAP. Se fué...

y me ha dado para usted
esta carta...

SERAFIN. Á ver.

(La abre y halla el billete del banco)
(¡Dínero!) (Lee.)

(Representando.)

Vamos, ahora ya me explico
un viaje tan de repente.

¡Cá! si es un inconveniente
muchas veces el ser rico.

Más no se puede pedir:

él vá á pasar una vida
solitaria y aburrida

y no me quiere aburrir.

¡Qué buen amigo es Miguel!

Yo de buena gana iría

y alegre compartiría

su aburrimiento con él.

¡Mil reales!... ¡qué amigo!... si

es mas bueno y precavido!

ni siquiera echó en olvido...

AGAP. (Pues señor, ¿qué pasa aquí?)

SERAFIN. ¡Es un amigo sin tacha!...

Ea, el saco recojamos,

ya que de casa mudamos.

(Coge el saco que debe haberse quedado sobre una silla,
y repara en Agapita.)

Aquí está. ¡Con Dios, muchacha!

Dame esa mano, mujer...

y no estés tan afligida.

AGAP. ¿Pero se vá usted?

SERAFIN. Descuida.

AGAP. ¿Cómo?

SERAFIN. Ya te vendré á ver.

(Váse por el foro. Agapita se queda sobre el dintel
como mirándole salir. En este momento se abren las
puertas laterales, y asoman la cabeza D. Miguel y
Doña Mercedes.)

ESCENA XXIV.

AGAPITA, MIGUEL, MERCEDES.

AGAP. ¡Se marcha!... ¿Pero por qué?
¡No me hace gracia maldita!

MIGUEL. ¡Pischt! ¿Agapita? (Desde la puerta.)

MERC. (Desde la puerta.) ¿Agapita?

MIGUEL. ¿Se fué?

MERC. ¿Se fué?

AGAP. (Dando un suspiro.)

¡Ya se fué!

(Mercedes y Miguel salen á la escena. Agapita en mitad del foro.)

MERC. ¡Qué tres meses tan dichosos
pasar contigo confío!

MIGUEL. Un abrazo, y al avio... (Se abrazan.)

AGAP. ¡Puf! ¡Casados mas babosos!...
(Dá una vuelta rápida y desaparece por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un jardín cerrado al fondo por una verja. Á derecha é izquierda del foro se verán algunos cuadros de flores, fresas, hortaliza, etc., etc.—En los primeros términos de la izquierda un grupo de árboles frutales. Suspendeda de dos de estos árboles se halla una *hamaca*. Sillas rústicas; un cenador, dentro del que debe haber un sofá: toda la parte lateral de la derecha figura ser la fachada de una casita recién construida.

ESCENA PRIMERA.

ROMUALDO aparece junto á un cuadro de hortaliza, en actitud reflexiva, contemplando las legumbres.

¡Qué provechosa es en mayo
una lluvia si es moral!...

¡Gloria de Dios!... media cuarta
crecieron de ayer acá
estas legumbres... Me embobo
mirándolas progresar...

¡Qué orgullosas y qué ufanas
y qué esponjadas estan!

(Romualdo sigue contemplando las legumbres. Serafin
aparece á la otra parte de la verja.)

ESCENA II.

ROMUALDO, SERAFIN.

SERAFIN. Segun las señas, no hay duda,
aqui debe ser.

ROM. (Mirando las coles.) Jamás
me canso de contemplarlas.

SERAFIN. (Desde el fero.)
Mas calla... Sobre el portal
veo un rótulo que dice:
«Huerta de San Nicolás.»
Aqui es. (Alzando la voz.) ¡Ah de la huerta!
¡Eh! (no responde.) ¡Animal!

ROM. ¿Qué se ofrece?

SERAFIN. Abre.

ROM. ¡Que abra!

¿y para qué?

SERAFIN. Para entrar.

ROM. ¿Y por qué?

SERAFIN. (¡Qué imbécil!) Abre,
estúpido.

ROM. Voy allá.

(¡Pues no trae poca prisa!)

(Romualdo abre la verja. Serafin entra.)

¡Eh! cuidado con pisar
las fresas de la señora.

¿Lo entiende usted?

SERAFIN. ¡Calla! ¿Estan
en la quinta?

ROM. Estamos todos
tan buenos, sin novedad.

SERAFIN. ¿Pero tus amos?...

ROM. Mis amos...

salieron...

SERAFIN. ¿Y tardarán?

ROM. Eso... yo le diré á usted;
lo mismo pueden tardar
que no tardar.

SERAFIN. (¡Habrá cafre!)

ROM. Cuando el sol saca la faz
y dice aqui estamos todos...

se levantan y se van.
Y cuando el vientre les grita
tengo gana de almorzar...
entonces vuelven á casa
y almuerzan.

SERAFIN. Es natural.
(¡Qué bruto parece este hombre!
lo parece y lo es, que es mas.)
Toma este saco de noche.

ROM. De anoche... (Es particular:
'no conozco este talego...
Él lo ice, verdad será.)
¿Que se lo llevó usted anoche
y hoy lo divuelve?...)

SERAFIN. (Animal.)

ROM. Como dice usted...

SERAFIN. Yo digo
que lo guardes... nada mas.

ROM. Que lo guarde. (Ya comprendo;
quiere icir que me lo dá...)
A ver qué hay dentro.

(Abre el saco y comienza á registrarlo.)

SERAFIN. ¿Qué haces?

ROM. Ná, me lo voy á fumar... (Sacando un cigarro.)

SERAFIN. ¡Bruto!

ROM. ¿No es mio el talego?

SERAFIN. Este salvaje es capaz
de apurarle la paciencia
á un santo de pedernal.
Vete.

ROM. ¡No trae pocos humos!

SERAFIN. Vete.

ROM. Me voy... (¿Quién será?)

Que no pise usted la huerta,
que la acabo de regar...
que no me toque usted nada,
¿lo entiende?

SERAFIN. Si no te vas...

(Serafin le amenaza cogiendo una silla. Romualdo
entra en la casa.)

ESCENA III.

SERAFIN, solo.

Este es el bruto mas bruto
de toda la humanidad.

¡Pobre Miguel! Si tus cuentas
vinistes aqui á arreglar
con socios tan ilustrados
como ese imbécil patán,
de seguro que el negocio
te cuesta una enfermedad.

Y esto es bonito; me gusta:

(Serafin reconoce la escena, procurando no ver la hamaca.)

se puede muy bien pasar
tres días sin aburrirse.

¡Qué tranquilidad, qué paz!

¡Cuánto verde!... Cuando digo
que no me parece mal...

Esto me recuerda América;

no me faltaba aqui mas

que una hamaca, una mulata
y una pipa de coñac.

Las mulatas... ¡qué recuerdos!

Es un género especial

la mulata... aqui no tiene
mucha popularidad.

(Saca un cigarro y lo enciende.)

Fumemos... Este cigarro

debe tener alquitran

en las tripas... Cómo huele...

ya me canso de chupar.

Cuando me fumo un tabaco

de primera calidad,

recuerdo aquel Sancho Mundo,

aquel marinero audaz

que fué el primer fumador

europeo. No arderás...

¡Hola! ¡qué veo! ¡una hamaca!

Si esto no es providencial...

(Sentándose en la hamaca.)

Me tiendo en ella, que así
hace mejor esperar.

¡Pobre Migüel! de seguro
que tiene unas ganas ya
de echarme la vista encima...

Si me quiere es natural...

Y yo le hago falta... claro,
pero él no quiere abusar
de mí... y no se ha atrevido
á decirme... ven allá.

Voy á aburrir ocho días

mientras se recoge tal
ó cual cosecha... ¡Bah! siempre
el mismo, tan bueno y tan...

En cuanto venga y me encuentre,
el pobre se va á alegrar:

en fin, gracias al portero,

que me dijo de pe á pa

las señas de esta alquería,

si no, vaya usted á encontrar...

¡Qué bien se halla un individuo
tomando la horizontal!

(Se tiende en la hamaca.)

Hay en esta posición

cierta voluptuosidad

que me encanta... La pereza...

sublime... bello ideal

de los hombres de talento.

¡Como un servidor de... aaah!

(Se queda dormido.)

ESCENA IV.

SERAFIN, dormido, AGAPITA y ROMUALDO, saliendo de la quinta.

AGAP. ¿Dice usted que un caballero
ha venido á preguntar?

ROM. Sí.

AGAP. ¿Dónde está?

ROM. (Dando una vuelta alrededor de Agapita.)

En dónde... eso
digo yo, que en dónde está.
AGAP. Vamos, usted ve visiones,
señor Romualdo.
ROM. No tal.
AGAP. ¿Qué señas tiene?...
ROM. ¿Qué señas...
es un hombre irregular
ni muy grande, ni muy chico...
tiene el pelo natural,
y la cara... y la nariz...
son así...
AGAP. No digas mas.
Esas señas son mortales.
ROM. ¿Le ha conocido usted ya?
AGAP. Vaya usted á paseo.
ROM. ¡Cómo!
AGAP. ¡Eh! déjeme usted en paz.
ROM. Vaya, usted gruñe por todo,
por fuerza tiene algun mal.
AGAP. Yo estoy sana... ¿entiende usted?
Este paleta es capaz...

(Se oyen por el foro las voces de Mercedes y Miguel
que cantan. Poco despues aparecen en la puerta del
foro cogidos del brazo. Mercedes lleva una sombrilla
abierta, Miguel una caña de pescar, una chistera y dos
sillas de tijera, etc. etc.)

ROM. Ahí estan los señoritos... (Se dirige al foro.)
AGAP. Sí, ya los oigo cantar...

ESCENA V.

DICHOS. MERCEDES y MIGUEL, entran por el foro muy alegres
talarcando lo que tengan por conveniente y sin soltarse del brazo
hasta llegar al proscenio.

MIGUEL. (Pasando por el lado de Romualdo.)
¡Adios, Romualdo!
(Miguel comienza á quitarse los arreos de pescador,
ayudado por Mercedes.)

ROM. ¡Qué guapos
y qué felices! me dan

- envidia!... ¿Se pescó mucho?
- MIGUEL. Mucho... Te vas á asombrar...
ocho anguilas y tres barbos.
- ROM. ¡Caramba!... ¿y quién pescó mas,
usted ó la señorita?
- MERC. Los dos pescamos igual,
porque aunque él tiene la caña,
cuando pican, á la par
tiramos del aparejo...
- AGAP. (No vi un matrimonio mas
tonto, ni mas baboso.
¡Ay! aquí voy á enfermar...)
- MERC. Dime, Agapita... ¿y los niños?
- AGAP. Los niños adentro estan
estudiando.
- MERC. Miguelito...
¿tienes ganas de almorzar?
- MIGUEL. Muchísimas...
- MERC. ¿Dónde quieres
que almorcemos?
- MIGUEL. Me es igual.
- MERC. Entonces al aire libre...
Agapita, vé á sacar
el almuerzo, y á los niños
que salgan, pues ya tendrán
un apetito los pobres...
- AGAP. ¡Qué, si han almorzado ya!
- MERC. ¡Muy mal hecho!...
- AGAP. Lo pidieron
y yo accedí...
- MERC. Hiciste mal.
Quiero verles en la mesa
á mi lado.
- AGAP. Bien está.
¿Pero les digo que salgan?
- MERC. Dos veces no han de almorzar:
que estudien. (Váse Agapita.)
Y tú, Romualdo,
arrima junto al parral
ese velador.
(Miguel habrá estado durante estos cuatro versos
ocupado en ver la pesca, en este momento saca un

barbo de la chistera y le enseña.)

MIGUEL.

¡Qué barbo

tan soberbio!... á que no hay
tres como él en todo el río...

ROM.

¡Gloria de Dios, qué animal!

MIGUEL.

Este es para tí enterito, (Á Mercedes.)
mas lo has de condimentar
como yo te diga...

MERC.

Bueno,
como tú quieras se hará.

MIGUEL.

Pues mira le haces tres rajas
y le echas limon y sal,
y despues á las parrillas:
y ya verás ya verás
qué rica.

ROM.

¡Gloria de Dios,
quién la pudiera pillar
con un azumbre de vino
y media hogaza de pan!

ESCENA VI.

DICHOS, AGAPITA con una bandeja en la cual trae el almuerzo.
AGAPITA y ROMUALDO ponen la mesa, MERCEDES y MIGUEL
junto á los aparejos de pescar.

AGAP.

Ayúdeme usted. (Á Romualdo.)

ROM.

Al momento,
que el trabajo no me asusta.

MERC.

Escucha, Miguel, ¿te gusta
esta vida, estás contento?

MIGUEL.

Aqui en el campo disfruto
de un bienestar tan perenne,
que un dia para mí tiene
la duracion de un minuto.

MERC.

¿Y no es algo exagerado
lo que acabas de decir?

MIGUEL.

Yo no me puedo aburrir
teniéndote á tí á mi lado.

(Mercedes estrecha la mano de Miguel. Agapita lo ve
y tira del mantel. Romualdo la mira asombrado.)

AGAP.

(Ya empiezan: de buena gana

- me iria.)
- MERC. Gracias, Miguel.
- AGAP. (¡Jesus!) (Tirando con violencia del mantel.)
- ROM. Que... pobre mantel.
(Esta chica no está sana.)
- AGAP. Cuando ustedes manden.
- MERC. Puedes
sacar el almuerzo. (Váse Agapita.)
- AGAP. Voy.
- MERC. Di, Miguel: ¿qué haremos hoy?
- MIGUEL. Lo que tú quieras, Mercedes.
- MERC. Pues esta tarde á coger
tórtolas en la enramada.
- MIGUEL. La partida está aceptada.
- ROM. (¡Qué marido... y qué mujer!)
- MERC. Y ahora, si quieres, cojamos
fresas para el desayuno...
- MIGUEL. Me asocio, que es oportuno
el pensamiento.
- MERC. (Cogiendo dos platos, uno de los cuales presenta á su
marido.) Si, vamos.
(Mercedes y Miguel entran en el pequeño fresar, que
debe hallarse á un extremo del teatro ó en el sitio que
tenga por conveniente el director para el buen efecto
de la escena. Romualdo mientras los dos esposos cogen
las fresas, se queda en actitud contemplativa delante
de un cuadro de legumbres, entre el que descuellan
algunas coles.)
- MERC. Mira, Miguel... ¡qué hermosura!
- MIGUEL. Podemos llenar los dos
platos.
- MERC. Si.
- ROM. ¡Gloria de Dios!
¡qué cosas cria natura!
En toa la banda del rio
no hay coles mas orgullosas,
mas tiernas, ni mas gustosas
que las coles que yo crio.
- SERAFIN. (Despertando y sentándose en la hamaca.)
(Pues me he dormido y me alegro,
que me hacía falta... aah! (Bostezando.)
- MERC. (Desde el fresar cantando.)

«Por una niña
»americana,
»tan retrechera
»como eres tú...»

¡Cuántas hay!

SERAFIN. ¿Quién cantará
entre mi mujer y el negro?

MIGUEL. (Cantando.)

«Todo mi cuerpo
»se deshilbana,
»y me retoza
»la juventud.»

(Serafin, que durante la última estrofa ha buscado con la vista á los cantores, se baja de la hamaca, apoya los pies en el suelo, empuja el cuerpo y comienza á mecerse en la hamaca, cantando con la misma entonación que los anteriores.)

SERAFIN. (Cantando.)

«¡Jesú, Jesú!
»¡Jesú, Jesú!
»y me retoza
»la juventud.»

(Serafin sigue meciéndose en la hamaca. Mercedes, Miguel y Romualdo se quedan inmóviles contemplándole. Serafin se rié del asombro que manifiestan. Agapita, que sale de la casa con el almuerzo, detiene el paso viendo á Serafin. Romualdo le mira con asombro, Serafin sigue meciéndose. Se recomienda á los directores de escena esta situación.)

ESCENA VII.

MERCEDES, MIGUEL, SERAFIN, ROMUALDO y AGAPITA.

MERC. (¡Jesus!)

AGAP. (¡Es éll!)

MIGUEL. (¡Suerte ruin,

que á este enemigo me envias!)

SERAFIN. Señores, muy buenos días.
(Desde la hamaca.)

MERC. ¡Calle, pues si es Serafin!...

SERAFIN. El mismo, doña Mercedes.

(Bajando á la escena.)

Yo, que en la corte he sabido
se aburrían, y he venido
á aburrirme con ustedes.

MERC. Gracias...

MIGUEL. ¡Ay! me desconcierta
su audacia!

AGAP. ¡Qué gusto! es él!

SERAFIN. ¿Sabes, querido Miguel,
que es muy bonita esta huerta?
Ya te costaría un picon
regular; es una alhaja.

MIGUEL. No, la compré con ventaja.

SERAFIN. Vamos, si, gangas de rico.

MIGUEL. ¿Mas cómo tú aquí?

SERAFIN. Pisch, viendo
que se pasaban los días
y que á Madrid no volvías,
dije: se estará aburriendo.
¡Y yo, que soy tan su amigo,
me estoy tan tranquilo aquí!
tomé la maleta, y...
vengo á aburrirme contigo,
pues no quiero en las desgracias
de la amistad separarme.

MIGUEL. ¿Á que viene á fastidiarme,
y habré de darle las gracias?

MERC. Eso es noble, y sobre todo,
le honra á usted á la verdad.

SERAFIN. Señora, por la amistad,
yo lo sacrifico todo.
Conque Miguel, ¡alegría!
ya me tienes á tu lado.
¡Qué diantre! soy abogado.

AGAP. El desayuno se enfria.

SERAFIN. ¿Se enfria?... pues á almorzar.

MIGUEL. Muchacha, saca un cubierto.
(Váse Agapita.)

(Apenas arriba al puerto,
ya empieza á mangonear.)

MERC. ¡Á la mesa! (Sentándose.)

SERAFIN. Me acomodo.

y voy á ocupar mi puesto.
¡Qué diablos! alegría el gesto,
ya lo arreglaremos todo!
(Sale Agapita con el cubierto.)

MIGUEL. Eso es, pero... (Mercedes sirve los platos.)

SERAFIN. ¡No que no!

para eso no hay quien me iguale:
no sabes tú lo que vale

un legista como yo!

Les armaré un caramillo
que á tí te saque del pasoto.

¡Bebe, hombre! y acerca el vaso.

¡Es bueno este solomillo!

MERC. Serafin tiene razon.

SERAFIN. Prometo sacarte ileso:

hoy les promuevo un proceso:

pido el auto de prision

contra el vil que así atropella

tu derecho, y no repara...

¡Pero no hagas mala cara,

y trae aquí esa botella! (Bebe.)

MIGUEL. (Este hombre me martiriza)

mucho mas que un sinapismo.

ROM. ¡Gloria de Dios! ¡yo me abismo

contemplando esta hortaliza!

(Contemplando las coles.)

AGAP. ¡Ingrato, ni se ha dignado

echar un ojo hácia mí!

SERAFIN. Yo no quiero verte así;

¿soy, ó no soy abogado?

Que aunque há tiempo no practico,

soy un lince en la materia;

si no, dígalo Quiteria,

la viuda...

MERC. ¡Ejem!

SERAFIN. ¡Cierro el picot!

Por poco espeto una historia...

prohibida!

MIGUEL. ¡Yo estoy en brasas!

MERC. ¿Le gustan á usted las pasas?

son buenas y dan memoria.

(Presentándole un plato.)

- SERAFIN. ¡Pasas!... ¿son buenas? á ver...
(¡Si no me llega á advertir!...)
- MIGUEL. (¿Qué habrá querido decir
con las pasas mi mujer?)
- ROM. ¡Gloria de Dios! ¡y qué bando
de tórtolas! (Mirando al cielo.)
- SERAFIN. ¿Dónde estan?
(Levantándose de la mesa y acercándose á Romualdo.)
- ROM. Mírelas usted, allí van.
- SERAFIN. Si, ya las veo bajando
hacia el río.
- ROM. Si, señor:
porque á esta hora les aprieta
la sed.
- SERAFIN. (Á Miguel.) ¿Tendrás escopeta?
- MERC. Si este es lo mas cazador...
- SERAFIN. ¿Si?... pues sácala, Agapita.
(Váse Agapita. Serafin vuelve al sitio en donde se
encuentra Romualdo, y finge mirar la direccion que
toman las tórtolas. Romualdo, cada vez que mueve
un pie Serafin, le aparta con cuidado temeroso de
que le estropee alguna planta. Queda á cargo de los
actores.)
- ROM. ¡Cuidado con esa planta!...
- MIGUEL. (Ahora vá allá, las espanta,
y la diversion nos quita.)
- MERC. Deja que vaya á cazar. (Á Miguel.)
- MIGUEL. Mas... (Habla con Mercedes.)
- SERAFIN. No veo con el sol...
(Haciendo pantillas, y colocándose la mano encima
de los ojos.)
- ROM. Cuidado con esa col,
(Haciéndole variar de sitio.)
que la vá usted á espachurrar.
- SERAFIN. Este hombre con su hortaliza,
no deja que mueva un pié.
- ROM. ¡Que vuelven!
- SERAFIN. ¡Agáchate!
(Agachándose y obligando á Romualdo, á que haga lo
mismo.)
¡Ahora si que haria riza!
(Haciendo ademán de apuntar con la escopeta.)

ROM. ¡Ya se han parado en el río!

SERAFIN. ¡Agapita! (Alzando la voz.)

MERC. Di, Miguel, ¿no te hace gracia?

MIGUEL. ¿Quién?... ¿él? mucha... pero no me río.

MERC. Confiesa que no te agrada tenerle á tu lado.

MIGUEL. Es que...

(Sale Agapita con la escopeta y los avíos de cazar.)

AGAP. Don Serafin, tome usted.

MIGUEL. (Á Serafin.) ¡Cuidado, que está cargada!

SERAFIN. ¡Hombre! piensas que no miro lo que...

ROM. Otras por detras.

(Serafin apunta con la escopeta. Mercedes se refugia detras de su marido.)

MERC. (¡No nos faltaba ahora mas que este nos pegara un tiro!)

SERAFIN. Se paran... me acercaré hacia allá, poco á poquito.

(Serafin anda en cuclillas como el cazador que se oculta de la pieza que persigue. En esta marcha pisa sin mirar las coles y las demas plantas del cuadro de hortaliza del foro. Romualdo hace gestos de dolor y le sigue apretándose la cabeza con las manos, y diciendo con acento afligido.)

ROM. ¡Señorito, señorito! que nos espachurra usted.

(Váanse los dos por el foro.)

ESCENA VIII.

MERCEDES, riendo, MIGUEL, paseándose, AGAPITA, quitando la mesa.

MIGUEL. ¡Este hombre es un cataclismo! ¡es una calamidad!

¿Y te ries?

MERC. ¡Si, en verdad!

¿Por qué no haces tú lo mismo?

MIGUEL. Pero mujer, ese amigo, b
mi plan viene á destruir; a
yo he venido aquí á vivir
solo... solito... contigo.
Que él necesite dinero, a
y me lo pida?... Corriente; a
pero es un inconveniente a
para mi plan un tercero; a
siendo él testigo de vista, a
ya puedes adivinar a
que pues... (Agapita se vá por la casa.)

MERC. Veo con pesar, a
que te vuelves egoista. a

MIGUEL. Egoista de tu amor, a
y eso es fuerza que te importe. a
¿Cómo te hago yo la córtetuin? a
teniendo un espectador? a
Porque yo apuesto una oreja a
que mientras aquí estuviero a
él, á nosotros se adhiere a
como á la roca la almeja. a

MERC. Que él aquí se presentó, a
tú debes tener en cuenta. a

MIGUEL. ¿Qué hacer cuando él se presenta?

MERC. Eso es lo que digo yo. a
Pues no es obrar con prudencia a
decirle ya que ha venido: a
«Caballero, á mi marido a
le importuna su presencia: a
y pues usted de su agrado a
no es, según imagino, a
emprenda usted el camino a
y desande lo que ha andado. a
Dirá usted, y con razon, a
que ha venido á esta alquería, a
creyéndose que tenía a
su dueño buen corazón. a

Que fiando en su amistad, a
llegó sin temer agravios, a
con la sonrisa en los labios a
pidiendo hospitalidad; a
pero al verse así arrojado, a

sale usted de ella afligido,
con el rostro enrojecido
y el corazón lastimado.»
Y con razón que le sobre,
al ver que aquí le sonrojan,
que le insultan, que le arrojan
de esta casa porque es pobre,
dirá tal vez, sin pensar
que yo en nada me he mezclado,
que desde que te has casado
no te se puede tratar.

Que soy una intolerante,
que te he metido en un puño,
que de todo rabio y gruño,
que no hay nadie que me aguante.
Y mientras que yo inocente
me doblego á tus deseos,
en teatros, en paseos
dirá muy bajo la gente:
«¿Veis aquella que ahora pasa?
Es mas mala que la peste:
con su carácter agreste
torna en infierno su casa
y martiriza á su esposo.»
Y esto, al fin, si sucediera,
para nosotros no fuera,

querido Miguel, honroso.
MIGUEL. (Vamos, estoy convencido
que en el mundo la mujer
nunca debiera tener
mas talento que el marido.)
Mercedes, ¿qué me aconsejas?
no quiero reñir contigo.
¿Me librarás de ese amigo?

MERC. Si, si á mi cargo lo dejas.
MIGUEL. ¿Mas cuándo?

MERC. Paciencia ten,
que á amigos cual Monterroso,
sin un medio decoroso
no se les despide.

MIGUEL. Bien;
pero ten de mí piedad.

- MERC. Ya buscaré la ocasion.
(En este momento se oye una detonacion de una arma de fuego, é inmediatamente el gemido de un perro. Mercedes y Miguel se miran despues de hacer un movimiento de sorpresa.)
- MIGUEL. ¡Apuesto un napoleon que hizo una barbaridad!
- MERC. ¿Has oido?
- MIGUEL. Si... y calculo lo que debe haber pasado.
- MERC. Vé á ver...
- MIGUEL. No, pues si ha matado á mi perro, le estrangulo.

ESCENA IX.

MERCEDES, MIGUEL, ROMUALDO por el foro, gimoteando.

- ROM. ¡Ese hombre es un inhumano!
- MIGUEL. ¿No dije?...
ROM. Todo lo agosta;
es peor que la langosta,
peor que el aire solano.
Dos disgustos á mi ver,
tuve, que en memoria guarde;
hoy uno y otro la tarde
que se murió mi mujer.
- MIGUEL. Pero dí...
- ROM. ¡Y juró por Dios
que me hallo tan afligido,
que ahora ignoro cuál ha sido
el mas gordo de los dos!
¡No dejó ni una alcachofa!
- MIGUEL. ¡Calla! (Con impaciencia.)
- ROM. ¡Deje usted que grite! (Alzando la voz.)
¡No sé como Dios permite
señoritos de esa estofa!
- MIGUEL. ¡Vete! ¡tu acento desgarró
mis oidos!...
- ROM. ¡Mé echa el toro!
Me voy, porque si no lloró
reviento cual la cigarra! (Váse llorando.)

ESCENA X.

MERCEDES, MIGUEL, á poco SERAFIN por el foro sin escopeta.

MIGUEL. ¡Con sus gritos ese imbécil
me aturdió!

MERC. ¡Pobre Romualdo!...
¡Es tan sencillo!...

MIGUEL. Se pasa
de sencillo... ¡mentecato!
las palabras de su cuerpo
no se sacan ni con gancho,
pero en tratando de berzas...

SERAFIN. ¡Hosanna!... ¡Regocijaos! (Desde el foro.)
¡Gran cacería, Miguel! (Entra en escena.)
¡Soy un Nembrot!... ¡me he portado!

MERC. (¡Prudencia!)

MIGUEL. ¡Si ya la tengo!

SERAFIN. ¡Oye y tiembla! ¡Allá vá el caso!
(Con cierta gravedad cómica.)

Figúrate que una tórtola
viene y se para en un árbol;
yo la veo... y convirtiendo
mi cuerpo en un garabato,
comienzo á andar en euclillas
con la escopeta encarado.
Pero antes de hallarse á tiro,
de las ramas, vuela á un campo
de algarrobos: yo prosigo
mi difícil marcha impávido,
con el dedo en el gatillo
y el ojo izquierdo cerrado.
Se para junto á unas matas,
mido el terreno, y me paro;
apunto... meneo el índice,
y ¡paf! cae el pie de gato
sobre el piston, y los plomos
el cañon desalojando,
salen despidiendo chispas
por la pólvora impulsados.
Corro al sitio... pero ¡oh cielos!

la tórtola en vuelo rauda
arranca de entre las matas
y se mece en el espacio,
haciendo, ¡cuchi... curruch! que
traducido al castellano
quiere decir: «compañero,
por esta vez me has errado.»
MERC. De manera que la tórtola
se fué.

SERAFIN. ¡Vaya! pero en cambio
un perro pachon, yacia
á mis pies ensangrentado,
diciendo con sus aullidos
feroces: «¡bárbaro! ¡bárbaro!»
Absorto y frío, mi víctima
contemplaba con espanto,
cuando sobre mi hombro derecho
cayó una pesada mano,
y oigo una voz cavernosa
que con acento pausado
me dice: «el que rompe, paga;
conque asloje usted los cuartos.»
Vuelvo la cara, y me veo
junto á mi un guarda de campo.
Apenas miré su faz,
me dije á mí mismo: ¡malo!
porque era chato, y á mí
no me vá bien con los chatos.
—¿Conque era de usté el perrito?
le dije.—¡Yo soy su amo!
me contestó.—¿Y cuánto vale
el animal?—Mal pagado,
veinte duros.

MIGUEL. ¡Veinte duros!...

MERC. ¡Veinte duros!—No es barato.

SERAFIN. Eso dije yo; pero él
me dijo que en todo el rádio
no habia perro mas fino,
que cazaba á doce pasos,
y que tenia unos vientos
que á una legua olia el rastro
de las perdices; que nunca

le habia visto cansado,
y que era en el monte un lince,
y que era en el agua un pato.
¡Y todo esto lo decia
echándome unos ojazos!

MIGUEL. ¿Pero en qué paró el asunto?

SERAFIN. Paró en que al meter la mano
en el bolsillo y hallarme
sin dinero...

MIGUEL. (Estoy sudando.)

SERAFIN. Él conoció la escasez
de mis fondos, y echó un taco
diciendo: «Caballerito,
sepa usted que Antonio el Chato
tiene malas pulgas!... Conque
en casa el alcalde aguardo.»

MIGUEL. En resumen, ¿mi escopeta
se la quedó el guarda?

SERAFIN. Es claro.

MIGUEL. ¡Pues yo digo que es muy turbiol!
(Dominando su mal humor.)

SERAFIN. ¿Por qué?

MIGUEL. Porque era un regalo
del ministro.

SERAFIN. (Con naturalidad.) En cuanto vayas
te la dará.

MIGUEL. Si, ya estamos.
¡Adios!... (Esto me faltaba.)

SERAFIN. Oye, Miguel, ¿te acompaño?

MIGUEL. No es menester. (Dirigiéndose al foro.)

SERAFIN. Como quieras.

MIGUEL. (¡Uf! ¡si no me voy estallo!)

(Váse. Serafin le acompaña hasta el foro.)

ESCENA XI.

MERCEDES, SERAFIN.

MERC. Está visto, no consigo
mi intento; lo sufre todo,
pero yo encontraré el modo
de librarle de su amigo.

Si, si; es preciso escribir
á Madrid, que es lo primero
verle tranquilo; no quiero,
no quiero verle sufrir.

SERAFIN. (Bajando al proscenio.)

¡Qué marido tiene usted
tan franco, tan complaciente,
tan amable, tan corriente!

MERC. ¿Verdad que sí?

SERAFIN. Ya se vé.

Mil muestras de su bondad
tengo, y pruebo con testigos
que es el rey de los amigos,
el mito de la amistad.

MERC. Es decir que si Miguel

á usted recurriera un día...

SERAFIN. Señora, yo perdería
la vida á gusto por él.

MERC. Gracias.

SERAFIN. En tiempos fatales

me prestó algun beneficio,

y es la ingratitud el vicio

mas feo de los mortales.

Úlcera que al hombre impio

vá royendo el corazón,

y que no daré ocasion

á que se cebé en el mio.

MERC. (Si, es preciso, es necesario

tornar la paz á mi casa.) (Cambianlo de tono.)

¿No cree usted que algo le pasa

á Miguel de extraordinario?

SERAFIN. Le encuentro muy distraído.

MERC. El tiene algo.

SERAFIN. Puede ser.

Y usted, ¿no llegó á saber

ese algo de su marido?

MERC. No, en verdad; y sabe Dios

que yo con afan lo tomo...

Si usted me ayudara...

SERAFIN. ¿Cómo?

MERC. Mas ven cuatro ojos que dos.

SERAFIN. Cierto.

MERC. Usted es su amigo,
y aunque él es muy bueno, sé
que ha de tener con usted
mas franqueza que conmigo.
Pregunte, busque usted el medio,
y á su buena amistad apele,
hasta que al fin le revele
el motivo de su tedio.

SERAFIN. Lo haré.

MERC. Tal vez usted alcance
mas que yo.

SERAFIN. Lo probaremos.

MERC. Á ver si por fin podemos
saber...

SERAFIN. Le daré un avance
en cuanto aparezca aqui:
se hará como usted lo pide.

MERC. (Si ahora no le despide,
entonces me toca á mí.)

SERAFIN. Es decir, nuestro interés
se basa desde este dia
en tornarle la alegría
á Miguelito.

MERC. Eso es;
y si usted de su disgusto
sabe el origen primero
que yo, que me diga espero
toda la verdad.

SERAFIN. Es justo.
Le diré á usted francamente,
esto hay, y por este medio
se puede poner remedio
á su malestar.

MERC. Corriente.
De modo que desde ahora
nuestras miras se dirigen
á descubrir el origen
de sus penas.

SERAFIN. Si, señora;
yo averiguar le prometo,
y le diré, si adivino...

MERC. Gracias. (Ya estoy en camino)

para llegar á mi objeto.)

ESCENA XII.

DICHOS, ROMUALDO.

ROM. Señora, los señoritos
la llaman á usted.

MERC. Voy pues.
Serafin, hasta despues. (Váse.)

ESCENA XIII.

SERAFIN, ROMUALDO.

ROM. ¡Pobres coles!... (Contemplando las legumbres.)
vuestros gritos
me llegan aqui, (Señalando el corazon.)
y me duelo...
No quiero que así te quedes,
pobre col.

(Romualdo se entretiene arreglando la hortaliza.)

SERAFIN. (Como hablando consigo mismo.)

Vamos, Mercedes

es una mujer modelo.

(Repara en Romualdo y se acerca hacia él.)

¿Y cómo vá esa hortaliza?

ROM. Muy mal.

SERAFIN. ¿Mal? Pues yo no veo..

ROM. (¿Pues no me aprieta el deseo
de pegarle una paliza?
Y lo que es yo soy muy bruto,
y si me empeño lo hago.)

SERAFIN. Antes te causé un estrago.

ROM. Me ha cubierto usted de luto;
pero lo tolera el amo

(Serafin comienza á coger flores y hace un ramo. Romualdo que lo vé, se acerca á él y le coge por un brazo.)

y yo callo, ¡ya se vé!...

Pero, señor, ¿qué hace usted?

SERAFIN. ¿Pues no lo ves? Hago un ramo.

ROM. No toque usted esas flores,
y no tengamos disgustos,
porque despues pagan justos
la culpa de pecadores.

SERAFIN. La responsabilidad
échamela á mi... ¡la admito!

ROM. ¡Señorito!... ¡señorito!...
¡que haré una barbaridad!

SERAFIN. ¡Eh! basta.

ROM. ¡Que usted me pierda!

SERAFIN. Hombre, ¡qué te he de perder!

ROM. ¡Que me deja sin comer!

SERAFIN. ¡Sin comer? ¡Si hay tanto verde!

ROM. Ea, pues, que usted las goce:
cojo el hato y deajo el puesto,
que yo no cuido todo esto
para que usted lo destroce.

SERAFIN. ¿Conque te marchas?

ROM. ¡Cabal!

porque usted es la destruccion,
las plagas de Faraon,
el cólera, el...

SERAFIN. ¡Animal!

(Hace el ademan de darle un puntapié. Romualdo hu-
ye á tiempo que sale Agapita y le dá un fuerte pi-
sotón.)

ROM. ¡Ay!

AGAP. ¡Jesus! (Cayendo arrodillada.)

ROM. Perdone usted,
que no habia reparado. (Vase.)

ESCENA XIV.

SERAFIN, AGAPITA.

AGAP. ¡Qué paleta! ¡me ha aplastado!

SERAFIN. ¿Cómo? (Acercándose á ella.)

AGAP. ¡Me ha deshecho un pie!

SERAFIN. ¿De veras?

AGAP. ¡Ni un aguador!

(Prueba á levantarse y no puede. Serafin le ayuda.)
¡Uy! ¡uy! si no puedo andar.

- SERAFIN. Si te quieres apoyar... (Ofreciéndole el brazo.)
AGAP. Gracias. (Cogiéndose.)
SERAFIN. Aquí, al cenador:
(La conduce al cenador.)
siéntate, y examinemos
ese desperfecto; á ver...
AGAP. ¡Ay!
SERAFIN. No te asustes, mujer;
si hay mal lo remediaremos.
AGAP. Pero...
SERAFIN. Tal vez con un baño
de árnica...
AGAP. ¡Yo estoy difunta!
(Mirándose la punta del pié.)
SERAFIN. Por la pinta de la punta
ya calculo yo el tamaño.
AGAP. ¡Favor!...
SERAFIN. Que no admito excusas:
tienes un pié homeopático,
distinguido, aristocrático.
¡Y calza botitas rusas!
(Con admiración, viéndole la punta del pié.)
AGAP. Vamos, me causa rubor!...
¡Cállese usted, enemigo!
SERAFIN. Pues todo lo que te digo
yo lo siento en mi interior.
¡Te amo!
AGAP. ¿Por qué?
SERAFIN. Porque sí.
AGAP. ¿De veras?
SERAFIN. Y tan de veras.
Pero quiero que me quieras
como yo te quiero á tí.
AGAP. Como es usted tan jovial,
yo dudo...
SERAFIN. Pero, mujer,
dime, ¿qué tiene que ver
lo alegre con lo formal?
AGAP. ¡Señorito, usted es muy ducho!
yo...
SERAFIN. Mira, sin intencion
há rato mi corazón,

dice que le gustas mucho.

(Serafin se sienta al lado de Agapita y habla en voz baja. Miguel aparece por el foro con la escopeta.)

ESCENA XV.

SERAFIN, AGAPITA, en el cenador, MIGUEL por el foro.

MIGUEL. ¡Uf! ya por fin conseguí...

¡si de verla un pesar quita!

¡no veo á nadie! ¡Agapita!

(Alzando la voz.)

AGAP. ¡Ay! (Dando un grito.)

MIGUEL. ¿Qué? (Asombrado.)

AGAP. El señor...

(Mirando por entre las ramas del cenador.)

SERAFIN. (Deteniéndola.) ¡Quieta ahí!

MIGUEL. (¡Hablan en el cenador!...)

AGAP. ¡Que viene!

MIGUEL. ¿Quién podrá ser?

SERAFIN. ¡No temas!

MIGUEL. ¡Si mi mujer!...

(Andando de puntillas hacia el cenador.)

AGAP. ¡Que viene!

SERAFIN. ¡Espera, y valor!

(Serafin sale del cenador por la parte contraria á la que viene Miguel. Vá de puntillas, y en el momento en que Miguel vá á mirar lo que pasa en el cenador, Serafin le tapa los ojos con las manos. Agapita escapa por la parte contraria de la casa. Miguel lucha por desasirse, y en este momento sale Mercedes de la casa y se acerca á los dos.)

ESCENA XVI.

SERAFIN, MIGUEL, MERCEDES.

SERAFIN. ¿Quién soy?

MIGUEL. ¡Suelta! ¡me haces daño!

¡Hombre, me quieres hacer el favor!...

(Le suelta. Miguel ve á Mercedes junto á Serafin, y

dice con asombro á media voz.)

(¡Ay, mi mujer!)

SERAFIN. ¡Já, já, já, já!

MIGUEL. (¡Esto es extraño!)

MERC. ¿Qué es eso?

MIGUEL. (¡El lance es chistoso!)

SERAFIN. (Debe usted ser la primera en indagar.) (Como hablando con Mercedes.)

MIGUEL. (¡Bueno fuera que mi amigo Monterroso!...)

MERC. (À Serafin.)

(¿Usted opina que es mejor?...)

SERAFIN. (Hay mas franqueza entre ustedes.) (Hablando en voz baja.)

MIGUEL. (¿Pero qué haria Mercedes metida en el cenador?)

SERAFIN. Conque ea, al abordaje, las cosas asi, en caliente.

MIGUEL. (¡Pero si ella es inocente, mi sospecha es un ultraje! ¡Hablan en voz baja!... ¡mal! ¡y ella le pone buen gesto!... ¡y se rien... esto... esto es grave, es trascendental!)

SERAFIN. (En descubrir está el quid.) (À Mercedes.)

MIGUEL. (¡Oh, qué idea! Hoy mismo emigro; que el peligro, si hay peligro, no es tan peligro en Madrid. Mal haya mi cortedad y mi espíritu indeciso, si... si... No hay mas, es preciso obrar con actividad.) ¿Mercedes?

MERC. ¿Me llamas?

MIGUEL. Si.

MERC. Con permiso... (À Serafin.)

SERAFIN. Usted lo tiene.

(Miguel conduce á Mercedes á un extremo del teatro. Serafin se sienta en la hamaca y se mece.)

MIGUEL. Mira, á mí no me conviene permanecer mas aqui.

MERC. ¡Cómo!

MIGUEL. Cuando llegue el tren
me vuelvo á la corte.

MERC. Pero...

MIGUEL. Nada, Mercedes, no quiero
vivir en el campo.

MERC. ¡Bien!
pero el motivo...

MIGUEL. El motivo
es, que vine á divertirme,
y no hago mas que aburrirme,
y ni sosiego ni vivo.

SERAFIN. Veré de aquí la funcion,
(Meciéndose en la hamaca.)

que entre marido y mujer
nadie se puede meter.
(Sigue meciéndose.)

MERC. ¡Vamos, no tienes razon!

MIGUEL. Bien, bien, será lo que sea;
lo que á tí te dé la gana;
pero á mí, ese tarambana
con sus cosas, me marea.

MERC. Pues dile...

MIGUEL. Mi cortedad...

MERC. Ten valor.

MIGUEL. No es muy prudente
el romper tan de repente
con tan antigua amistad.

MERC. Pero, dime, ¿y Monterroso?

MIGUEL. Ese se queda en la quinta.

SERAFIN. Pues á juzgar por la pinta,
el debate es borrascoso.

MERC. No insisto mas.

(Hablan en alta voz, como si hubiera una cuestion
acalorada.)

MIGUEL. Ahora mismo
todo obstáculo se quita:
verás. ¡Romualdo! ¡Agapita!
(Aquí estoy sobre un abismo.)

ESCENA XVII.

DICHOS, AGAPITA, ROMUALDO.

AGAP. ¡Señor!

SERAFIN. ¡Cuánta desazon
cuesta el negocio á los ricos!

MIGUEL. Con los cofres y los chicos,
esperadme en la estacion.

SERAFIN. (¿Qué dice?) (Bajando de la hamaca.)

AGAP. ¿Pues qué, nos vamos?

MIGUEL. Si, no te detengas, anda.

AGAP. Pero...

MIGUEL. Pero... ¿aquí quién manda?
¿los criados ó los amos?

AGAP. (¡Esto está de mal talante!)

(Entra en la casa.)

ROM. (¡Qué mala cara hace el ama!) (Váse.)

SERAFIN. ¿Te vas? (Acercándose á Miguel.)

MERC. Madrid le reclama

(Viendo la incertidumbre de Miguel en contestar.)
para un asunto importante.

MIGUEL. ¡Verdad! (Con cierta vaguedad.)

MERC. Es un compromiso
que le roba del placer
del campo.

MIGUEL. ¡Si!

SERAFIN. (Ap. á Miguel.) ¿Y tu mujer,
se vá contigo?

MIGUEL. ¡Preciso!

Casualmente en ella estriba
este viaje.

SERAFIN. (¡Es singular!)

MIGUEL. Mas tú te puedes quedar
aquí, hasta que yo te escriba.
Romualdo te servirá
todo aquello que quisieras.

SERAFIN. Mas...

MIGUEL. Déjate de quimeras,
y quédate.

SERAFIN. Bien está.

(Miguel y Mercedes se dirigen hácia la casa por donde sale Romualdo, con un cofre al hombro y un saco de noche en la mano. Agapita con otro saco y con los niños de la mano. Serafin se queda algo apartado.)

Él oculta su emocion,
pero le pasa algo gordo;
y hacerse á su pena el sordo,
es tener mal corazon.

MIGUEL. ¿Ves como le he convencido? (A Mercedes.)

MERC. Al parecer...

SERAFIN. ¿Hasta cuándo?

MIGUEL. Hasta muy pronto. Ea, andando.

SERAFIN. (¿Pero qué habrá sucedido?

En fin, seguiré el consejo.)

(Sale Romualdo por el foro.)

MIGUEL. Adios.

MERC. Vaya, adios.

MIGUEL. (Ya estamos
libres de él.)

MERC. ¿Vamos?

MIGUEL. Si, vamos.

(Todos salen por el foro, uno detras de otro. Serafin que se ha quedado pensativo, en mitad de la escena, coge el saco de noche y dice echando á correr por el foro.)

SERAFIN. Pues señor, yo no los dejo. (Vase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, paseándose con impaciencia:

Pues señor, mucho me cuesta
refrenarme: yo le quiero,
él fué y es mi amigo; pero
lo que es ahora me molesta.
Si estos son principios fijos
y de variarles no hay modo:
un casado es ante todo
de su mujer y sus hijos.
(Mira el reloj.)
Las tres y media—¡Dios santo!
y aun no vino mi mujer.
¿Qué diablos tendrá que hacer
Mercedes que tarda tanto?
Á mí me duele en el alma
tener que decir:—«Querido,
lo he pensado y decidido:
aquella vida sin calma,
aquella vida azarosa
de aventuras y de orgías,
fué buena para otros días;
hoy debe ser otra cosa.

Cuando por lo que yo pases
conocerás la verdad.
Ya desde hoy nuestra amistad
debe ajustarse á otras bases.
Un soltero cambia en cuanto
pasa á estado de marido....»

(Mira de nuevo el reloj.)

¡Pero dónde se ha metido
mi mujer que tarda tanto?

(Tira fuertemente del cordón de la campanilla.)

¡Agapita!

ESCENA II.

MIGUEL, AGAPITA.

AGAP. ¡Qué rumor
arma usted!

MIGUEL. Ven. ¿Te ha dejado
la señora algun recado
cuando salió?

AGAP. No, señor.

MIGUEL. Es raro. (Yo nunca salgo
de mis casillas, pero ahora...) ¿Y no ha vuelto la señora?...

AGAP. No, señor.

MIGUEL. (Aquí pasa algo.)
Almorzará, lo estoy viendo,
con su tío. ¡Qué capricho!
¿Al salir no te lo ha dicho?

AGAP. No, señor.

MIGUEL. (Pues no lo entiendo.)
Y dí, ¿no te dijo nada
don Serafin al marchar?

AGAP. No, señor.

MIGUEL. ¿Vino á almorzar?

AGAP. No, señor.

MIGUEL. ¡Eh! ¡qué pesada!
(Remedándola.)

No señor. Vaya un vocablo.
¿No sabes mas?

AGAP.

Y otros mil...

MIGUEL. Pareces el albañil
de las *Memorias del Diablo*.

AGAP. Pero no sé otra manera
de decir que no,—¿está usted?—
y como...

MIGUEL. Bien, cállate.
(Ruido de un coche dentro. Se asoma Miguel al
balcon.)

¿Quién será?

AGAP. Como usted quiera.

MIGUEL. Serafin... (Á Agapita.) oye.

AGAP. ¿Qué quiere?

MIGUEL. No digas que he preguntado
por él.

AGAP. Pierda usted cuidado.

MIGUEL. Que almuerce, ó si lo prefiere,
que aguarde: yo pronto salgo.
Y en cuanto la señorita
venga, avísame, Agapita.
(Pues señor, aquí pasa algo.) (váse.)

ESCENA III.

AGAPITA, SERAFIN por el foro.

SERAFIN. En esta localidad
ya se habrá almorzado.

AGAP. Aun no;
pero si usted quiere, yo
dispondré...

SERAFIN. Tanta bondad...
Mas no, déjalo, hija mia;
esperaré, esperaré:
he tomado un tente en pié
en una pastelería.
Dí, ¿hay ya aquí mejor humor
que allá en el pueblo?

AGAP. No tal.

SERAFIN. ¿Sigue el señor serio?

AGAP. Igual.

SERAFIN. ¿Mala marea?

AGAP. Ó peor.

SERAFIN. ¡Pobre Miguel! no te agolpes así al azar, que es mal socio. Le habrá fallado un negocio, y él que no está hecho á los golpes... ¡Ah! ¡caramba! lo olvidé:... mañana es domingo; espéro

lo tratado.

AGAP. Caballero,

¿y será capaz usted?... ¿Quién sabe?

SERAFIN. ¿De qué, de bailar?

AGAP. ¿Qué escucho?

SERAFIN. Contigo.

AGAP. ¡Vaya un capricho!

SERAFIN. Si en esto, ya te lo he dicho,

soy muy democrata, muchó!

AGAP. ¡Qué cosas! ¡bailar conmigo!

un señor como usted, tan fino!

¡Vaya! ¿qué dirán?

SERAFIN. También tú eres fino, ¿digo?

Nada, desprecia el murmullo

de la envidia... Te repito

que...

AGAP. Ya veo, señorito,

que no tiene usted orgullo.

SERAFIN. ¡Bah! (Es que ni motivos tengo.)

Tú y yo hemos simpatizado,

y además tú ya has bailado

con gentes de alto abolengo.

Yo lo creo, de un marqués

á mí hay grande diferencia:

él tendrá usia, excelencia...

y yo ni aun pleitos, ya ves.

AGAP. Vamos, me convenzo al cabo.

Mañana, á las tres en punto,

vá usted y me espera junto

á la Cibeles. ¿Eh?

SERAFIN. ¡Bravo!

AGAP. Y de allí, ¡juntos los dos,

vamos despues de un páseo,

á bailar al *Eliseo*

en paz y en gracia de Dios.

SERAFIN. No faltaré, encantadora

é interesante Agapita;
mas dame una leccioncita
mientras que llega la hora.

AGAP. ¿Qué leccion?

SERAFIN. Nunca, en verdad,

fundé en el baile mi fama,
ni fuí en él lo que se llama
una notabilidad.

Y sobre esto—házmelo el favor,—

no bailo hace un siglo enterito.

ve, pues, si tu caballero

puede hacerte mucho honor.

AGAP. Si apenas sé...

SERAFIN. Te repito...

siempre sabrás mas que yo.

Vamos. ¿No ves que si no,

tonta, te desacredito?

Conque di, ¿consientes?

AGAP. ¡Toma!

pide usted de una manera

las cosas... Como usted quiera.

¿Qué baile? (Se pone en actitud de bailar.)

ESCENA IV.

DICHOS, MIGUEL, saliendo de su gabinete.

MIGUEL. ¡Siga la broma!

Aunque es tan estrechó el lazo

no se ahogaba usted en él.

AGAP. Poco á poco, don Miguel;

es que esto no es un abrazo.

MIGUEL. ¿Conque no lo es? Me destemplo

cuando oigo mentir asi.

AGAP. ¡Bien! y aunque asi fuera, aquino

me han dado ustedes ejemplo.

MIGUEL. Esto ya de broma pasa.

¡Insolente, salga usted

de aqui!

AGAP. Si, señor; me irá,

si usted quiere, hasta de casa.

MIGUEL. Vete.

AGAP. Si, señor; que al fin,
si de su lado me arroja,
siempre habrá quien me recoja.
Conque... adios, don Serafin. (Váse.)

ESCENA V.

SERAFIN, MIGUEL.

SERAFIN. La chica tiene razon:
cuando tú llegaste aqui
me enseñaba un baile.

MIGUEL. ¿Si?

SERAFIN. Créelo, me daba leccion.
Yo, que en esto no soy listo,
acepté; y por eso—es llano,—
la estaba echando la mano
al talle.

MIGUEL. Si, ya lo he visto.

SERAFIN. Oye, ¿y me pones mal gesto?... ¡Ah!

MIGUEL. ¡Hombre! ¿yo? ¡qué he de poner!

SERAFIN. Tú tienes algo que ver
con la doncella, ¿no es esto?
(Despues de mirarle con fijeza un instante.)

MIGUEL. ¡Serafin!

SERAFIN. No, séme franco:
si es asi, fuera tontuna
ocultármelo.

MIGUEL. Vaya una
salida de pié de banco.

SERAFIN. Chico, me puedes hablar
claro de este asunto y otros;
si es que hay algo... entre nosotros,
el onceno no estorbar.

MIGUEL. ¡Hombre, vaya una embajada!
¡Me habia de entretener
nada menos que en hacer
el amor á mi criada!

SERAFIN. ¡Bah! siempre esas tonterias
me he echado yo á las espaldas:
nada, en cuestiones de faldas,
chico, no hay categorias.

¿Quién en tal cosa repara?
Ellas no son como un hombre:
su categoría y nombre
y clase, estan en su cara.
La infeliz que hace un guisado,
en teniendo un regular
palmito, puede pasar
desde el fogon al estrado.

ESCENA VI.

DICHOS, MERCEDES, por el foro.

MIGUEL. (¡Ah! por fin...)

SERAFIN. Muy buenos días.

MERC. Servidora. ¡Jesus! ¡vengo

(Quitándose la mantilla.)

rendida! Di, ¿has almorzado,
Miguel?

MIGUEL. No.

MERC. Pues muy mal hecho.

MIGUEL. Te esperábamos á tí.

SERAFIN. Y es muy justo.

MERC. Pues lo siento.

¿Y usted, señor Monterroso,
está?...

SERAFIN. Yo tomé un refuerzo
en casa Lhardy.

MERC. Señores,
que me perdonen espero,
aunque, á decir la verdad,
toda la culpa no tengo;
porque al fin cuando se tiene
un tío ministro...

SERAFIN. El cielo
le conserve en la poltrona.

MERC. Gracias por el buen deseo.

Pues como decia, el tío
siempre que me vé, es tan bueno,
que no me dá su permiso
en tanto que no le entero
del estado de mi esposo

y de mis hijos; y luego,
¿quién las súplicas desoye
de un ministro?... ¿Verdad? (A Serafin.)

SERAFIN. Cierto.

MERC. Puede enojarse y mandarnos
á Ultramar.

SERAFIN. Pues ya lo creo;
aunque América, señora,
para mí no es un destierro.

MERC. ¿Le gusta á usted el Nuevo Mundo?

SERAFIN. No hay tierra en el universo
comparable á las Antillas;
todo es allí grande, bello.

Si los cultos moradores
que pueblan el mundo viejo
secundaran mis ideas,
pensaran como yo pienso,
dentro de un mes, en Europa
no quedaba un europeo.

MERC. ¡Qué entusiasmo!

SERAFIN. Es un país...

(Sigue hablando con Mercedes en voz baja.)

MIGUEL. ¡Pues aunque no hubieras vuelto!..)

SERAFIN. ¿Descubrió usted?... (A Mercedes.)

MERC. (Ap. á Serafin.) Tengo un hilo.

MIGUEL. (¿Ya vuelven los cuchicheos?)

SERAFIN. Pues por el hilo se puede

(Siguen hablando aparte.)
sacar el ovillo entero.

MERC. De eso trato.

SERAFIN. Yo confío
que no olvide usted el convenio,
y si llega á descubrir...

MERC. Claro; y si usted...

SERAFIN. Yo prometo...

MIGUEL. (¡Pero qué tendrán que hablar!)

(Dando un puñetazo sobre la mesa.)

MERC. ¡Ay!... ¡pero Miguel!...

SERAFIN. ¿Qué es eso?

MIGUEL. Nada, que se me ha dormido
la mano.

MERC. ¿Si?

MIGUEL. Y la dispierto.
 SERAFIN. ¿A puñetazos?
 MIGUEL. Que quieres,
 cada uno tiene su método.
 (Mercedes se acerca a Miguel.)
 SERAFIN. (Esto se va complicando.)
 MERC. Prudencia. (A Miguel.)
 MIGUEL. (A Mercedes:) De sobra tengo.
 SERAFIN. (¿Quién sabe si entre los dos
 hay algo que yo no veo?
 Tal vez estorbó; tal vez
 quieran hablar solos.) Vuelvo.
 Voy á escribir una carta:
 con permiso...
 MERC. Usted es muy dueño.
 SERAFIN. Que no suelte usted el hilo. (A Mercedes.)
 MERC. Crea usted que me intereso
 vivamente por saber...
 MIGUEL. (¡Vuelta!) (Dando otro puñetazo.)
 MERC. ¡Jesús! (Yendo hacia Miguel.)
 SERAFIN. (¡Esto es serio!
 ¡Hum! entre este matrimonio
 pasa algo gordo; lo huelo.) (Vase.)

ESCENA VII.

MERCEDES, MIGUEL.

MERC. Miguel, ¿de tu malestar
 acaso la culpa tengo?
 MIGUEL. ¡Qué sé yo!
 MERC. ¡Cómo!...
 MIGUEL. Mercedes,
 es preciso que pensemos
 formalmente la manera...
 porque á la verdad, no quiero
 presenciar tus excursiones
 matinales, tus secretos
 con Serafin...
 MERC. ¡Ja, ja, ja!
 MIGUEL. ¿Te ries?
 MERC. ¿Conque con celos?

te vienes?

MIGUEL. Tengo motivos.

MERC. ¿Motivos? ¡Oh! yo no debo
oir palabras que envuelvan
ofensas que no merezco.

MIGUEL. ¿Conque es decir, que tú quieres
tener razon?

MERC. ¡Y la tengo!

MIGUEL. Conque en vez de disculparte...

MERC. Yo disculparme no debo.
Nada me interesa tanto
como tu paz, tu sosiego:
siempre con afan procuro
á tus afanes remedio;
si de complacer se trata
el menor de tus deseos,
tú lo sabes, Miguel mio,
ningun obstáculo encuentro;
y tú en cambio te disgustas,
me ofendes, te pones feo...

MIGUEL. ¡Cómo!

MERC. Si, porque los hombres
que fruncen el entrecejo,
se ponen muy feos. Vaya,
si no mírate al espejo.

(Miguel hace un movimiento como para mirarse al espejo, y se contiene como avergonzado de su debilidad.)

MIGUEL. ¿Feo? ¡Vaya, pues no iba
á mirarme!

MERC. ¿Dí si miento?...

Confiesa que eres injusto. (Pausa.)

¡Pero hombre, no ves que espero
á que me pidas perdon
de tus ridículos celos?

MIGUEL. Pues nó te lo pido.

MERC. ¿No?

MIGUEL. No, señora.

MERC. ¡Lo veremos! (Pausa.)

(Mercedes mira un momento á Miguel, que permanece
sentado: luego se sonrie; se acerca, y colocando un
codo sobre la mesa, dice:)

¿Qué culpa tiene la esposa

si su marido indiscreto
de su casa abre la puerta
á amistades de otros tiempos,
y olvidando los deberes
de padre y esposo tierno,
aventura imprecavido
la paz de su hogar doméstico?

MIGUEL.

(Tiene razon.)

MERC.

¿Usted calla?

¡Ay, Jesus! por lo que veo,
aun vas á echarme la culpa
á mí, de lo que tú has hecho.

(Mercedes se aparta de la mesa demostrando mal humor.)

MIGUEL.

(Mi mujer tiene razon;
lo conozco, lo confieso:
pero ¿qué esposo á su esposa
le dice: «fuí un majadero?»)

(Momento de pausa. Se oye en el gabinete de la derecha un piano. Mercedes mira á su marido: este escucha con atencion.)

MERC.

(¡Pobrecito!... Aunque es injusto
conmigo... se lo dispenso.)
¿Oyes á tu primogénita,
Miguel?

MIGUEL.

Si.

MERC.

Hace progresos.

Y á propósito; ayer tarde,
extrañándole ese gesto
que pones hace unos dias,
me dijo: ¿el papá está enfermo,
ó es que me hace mala cara
por no pagar con un beso
mis adelantos?

MIGUEL.

¿De veras?

MERC.

De veras.

MIGUEL.

Dime, ¿qué hacemos?

(Levantándose y yendo hácia Mercedes.)

MERC.

¿De qué?

MIGUEL.

De ese tarambana.

MERC.

Lo que quieras; yo obedezco
humildemente las órdenes

que dicte mi esposo y dueño.

MIGUEL. ¿Me guardas rencor?

MERC. ¿Yo?

MIGUEL. ¡Vamos!

Si yo en esos ojos leo
que estás resentida.

MERC. Un poco.

MIGUEL. Pues perdóname, y busquemos
el modo de vernos libres
de Serafin, de ese trueno;
porque yo no le despido,
está visto; no me atrevo.
Ya lo sabes, por lo qué,
Mercedes, yo te concedo
omnímodas facultades,
y librame de él.

MERC. Yo temo
la árdua mision que me encargas.

MIGUEL. Mercedes, yo te lo ruego
por tus hijos. ¿Con que accedes?

MERC. En fin, yo buscaré el medio
de que se vaya, y se vaya
siendo amigo; y si le encuentro,
entonces...

MIGUEL. Si tú me libras
de Serafin, te prometo
comprarte...

MERC. ¡Eh! usted olvida,
don Miguel, que no me vendo?

MIGUEL. Mas, ¿cómo te pago?...

MERC. ¿Cómo?...

dándole á tu Emilia un beso,
y jurando que jamás
les has de poner mal gesto
ni á la hija ni á la madre.

MIGUEL. Mercedes... (Queriendola abrazar.)

MERC. Don Miguel, quieto,
y cumpla usted con la hija.

MIGUEL. Pero, ¿y con la madre?

MERC. (Con marcada intencion.) Hay tiempo.

(Miguel le estrecha la mano y sale. Mercedes al verse
sola tira del cordon de la campanilla.)

ESCENA VIII.

MERCEDES, AGAPITA.

MERC. Bastante ha sufrido el pobre:
ya por mas tiempo no debo
vivir sin paz en mi casa.

AGAP. Señora... (Desde el foro.)

MERC. Si un caballero
viene á preguntar por mí,
entra á avisarme al momento,
y nada mas.

AGAP. (Aqui siempre
andan todos con misterio.) (Váse.)

ESCENA IX.

MERCEDES, sola.

Por esta vez, mi marido,
de huéspedes se despide,
que no es tan fácil que olvide
todo lo que ha padecido,
y el problema se resuelve
viendo su dicha en asedio,
que nunca es fuerte el remedio
que la salud nos devuelve.
Mucho sufre, pero al fin,
si otro amigo se presenta
en su casa, tendrá en cuenta
á su amigo Serafin.

ESCENA X.

MERCEDES y SERAFIN, saliendo de su habitacion

SERAFIN. Mercedes, ¿está usted sola?

MERC. Si.

SERAFIN. ¿Si? pues me felicito.

MERC. ¿Por qué?

SERAFIN. Porque necesito

que conferenciamos.

MERC.

(¡Hola!)

Ya escucho.

SERAFIN.

Siéntese usted.

MERC. ¿Y entra eso en su proyecto?

SERAFIN. No, mas me hace mal efecto que oiga una señora en pie.

MERC. Gracias. (Sentándose.) (¡Qué amabilidad!)

SERAFIN. Digo pues, ya que es forzoso, que soy un hombre celoso...

MERC. ¡Cómo! ¿qué?

SERAFIN. De la amistad.

MERC. ¡Ah! creí...

SERAFIN.

Tengo testigos

que prueban, si es menester,

que al amor de la mujer

prefiero el de mis amigos:

que mas de una vez, gustoso,

mis conquistas les cedi:

y si duda usted de mí,

pregúnteselo á su esposo.

MERC.

¡Cómo!

SERAFIN.

Distingo, y advierto

que no es porque á él le he cedido

ninguna, pero ha vivido

connigo, y sabe que es cierto.

Le pongo, pues, por testigo,

y no como interesado.

¿Creo que me habré explicado?

MERC.

Continúe usted.

SERAFIN.

Prosigo.

Loco, alegre, desprendido,

usted ya vé como soy,

lo que me gusta lo pido,

lo que me piden lo doy.

MERC.

(Has dicho una gran verdad.

¡Lo que es eso, demasiado!)

SERAFIN.

Yo siempre fui exagerado

en cuestiones de amistad.

Por echarla de Quijote

en pro de algun compañero,

mas de una vez el sombrero

me han hundido hasta el cogote.

Y con tal culto consagro

mi amistad, en conclusion,

que soy la nueva edicion

del corregidor de Almagro.

MERC. (¿Dónde irá á parar ahora?)

Ya eso pasó.

SERAFIN. Es consiguiente,

mas voy á hablar del presente.

MERC. (Tendré paciencia.)

SERAFIN. Señora...

Yo no tengo el egoismo

de ser molesto é importuno.

MERC. (Está visto, no hay ninguno

que se conozca á sí mismo.)

SERAFIN. Por los amigos, vehemente

me sacrifico...

MERC. Se explica.

(Ó mas bien los sacrifica,

lo cual es bien diferente.)

SERAFIN. Pues bien, ya usted habrá sabido...

Del cuarenta y tres arranca

esta amistad noble y franca,

que me une con su marido.

Cuando eramos escolares

antes de correr la Europa,

nos partiamos la ropa,

el dinero y los pesares.

Comprenda usted si yo fiel

debo hoy ser á su amistad;

si querré con ceguedad,

señora mia, á Miguel.

Así es, que al verle callado

y triste, me dá un dolor...

Miguel tiene mal humor,

Miguel está preocupado,

Miguel no tiene reposo,

Miguel apenas sosiega,

y á la soledad se entrega

aburrido y silencioso.

Y aqui mi amistad acude

esclava de lo pactado,

á ver si usted ha averiguado
lo que averiguar no pude.
Si usted á su convenio es fiel,
y lo que él tiene no ignora,
respóndame usted, señora,
¿qué es lo que tiene Miguel?

MERC. Pues bien; voy sin vacilar
á revelarle á usted pues...

SERAFIN. Ya escucho.

MERC. (Ante todo es
la paz, la paz de mi hogar.)

SERAFIN. Ya oigo: vamos, diga usted
lo que sepa con respecto...

MERC. Pero me hace mal efecto
que me escuche usted de pié.
(Serafin se sienta.)

Oiga lo que me ha contado
de la confianza al abrigo
Miguel...

SERAFIN. ¿Qué?

MERC. Tiene un amigo,
y este amigo es desgraciado.

SERAFIN. Fruta que abunda.

MERC. Ese tal
es casado y tiene hijos.

SERAFIN. Compadezco sus prolijos
afanes; ¡pobre mortal!

MERC. Al contrario, no señor;
á gusto los dos vivían,
y sus horas trascurrían
sin pesares, sin dolor;
cuando un día... una mañana
vino un feliz accidente
á deshacer de repente
su dulce paz octaviana.
Vino un amigo á su fiel
amistad pidiendo abrigo
y hogar...

SERAFIN. ¿Cómo? (Con interés.)

MERC. Si, un amigo
del amigo de Miguel.
La amistad es privilegio

aun para el ser mas exiguo.
¿Quién niega albergue á un antiguo
compañero de colegio?
Se vieron con gran contento,
se abrazaron, y el casado
ofreció al recién llegado
su casa y su valimiento.

SERAFIN. Vamos, ¡paridad mas fiell!...
como ha hecho Miguel conmigo.

MERC. Y el otro aceptó...

SERAFIN. ¡No digo!...
como hice yo con Miguel.

MERC. El soltero, como antaño,
ha empezado á disponer
con leal franqueza, sin ver
una cosa, y no es extraño,
y es que el casado reposa,
lejos de afanes prolijos,
entre el amor de sus hijos
y el cariño de su esposa;
que aunque antes fueron en pos
uno de otro, hoy sospecho
que bajo de un mismo techo
no pueden caber los dos.
El casado, en su memoria
guarda su é, pero...

SERRFIN. (Levantándose.) Entiendo

MERC. Aunque le quiere...

SERAFIN. Comprendo;
yo sé un poco de esa historia.
(Con marcada intencion.)

MERC. Y esto le trae...

SERAFIN. Si, repito

que ya sé... (Y tiene razon.
¡Oh! me ha dado una leccion
la mujer de Miguelito.)
Tanto esta historia me place.

MERC. Que él no sepa...

SERAFIN. No es preciso.

Que le pido á usted permiso
para darle un desenlace.

MERC. ¿Pero está usted preocupado?...

SERAFIN. No, vuelvo.
MERC. (Me ha comprendido.)
SERAFIN. ¡Oh! nunca echaré en olvido...
Adios.
MERC. (Nos hemos salvado.)
(Serafin entra en su gabinete.)

ESCENA XI.

MERCEDES, sola.

Se irá... La calma perdida
por fin en mi hogar renace:
él me ofrece un desenlace;
no hay duda, es su despedida.

ESCENA XII.

MERCEDES, MIGUEL.

MIGUEL. ¿Qué hay? ¿le vistes?
MERC. Y le hablé.
Ya puedes estar contento;
se vá.
MIGUEL. ¿Qué... se vá? Lo siento.
MERC. ¡Lo sientes!
MIGUEL. Yo te diré...
MERC. Hijo, tu tranquilidad
la debes tener presente.
MIGUEL. Conozco lo inconveniente
que es para mí su amistad;
pero ¿qué quieres? confieso
que en este instante quisiera...

ESCENA XIII.

DICHOS, ACAPITA.

AGAP. Señorita...
MERC. Voy... espera.
AGAP. Bien. (Quedándose en mitad del teatro.)
MERC. Escucha. (Le habla á Miguel al oído.)

MIGUEL. ¡Hiciste eso!

MERC. ¡Claro!

MIGUEL. Entonces me acomodo...

Pero dime... (Le habla al oído.)

MERC. Nunca olvido
mi obligacion. (Háblale al oído.)

AGAP. (¡Qué marido!)

MIGUEL. ¡Esta mujer piensa en todo!

Quien no la aclama modelo
de casadas, es injusto.)

MERC. (Él no vé que hago mi gusto
satisfaciendo su anhelo.)

MIGUEL. ¡Oh! ¿tú me perdonarás?

MERC. ¿Cuándo sin perdon te dejo?

MIGUEL. Verdad.

MERC. Escucha un consejo,
y no lo olvides jamás.
Si algun dia la amistad
desvalida y macilenta
á tus puertas se presenta
pidiendo hospitalidad,
si ves que extiende la mano
implorando tu favor,
recibela con amor,
porque aquel hombre es tu hermano;
y sin mostrarte altanero,
pues siempre el orgullo ofende,
dar debes al que pretende,
tus consejos, tu dinero,
porque asi cumples con él;
pero la paz de tu hogar
esa no la puedes dar,
porque no es tuya, Miguel.
Siembra, pues, una accion buena,
que yo no te pondré tasa,
y hallarás dicha en tu casa
y honra te dará la ajena.
Eres padre, y con tus hijos
Dios el vivir te prescribe,
que el que con ellos no vive
vive entre duelos prolijos.

MIGUEL. Mercedes, yo te respondo.

que otra vez, créeme á mí,
no seré imprudente.

MERC. Si:
hagamos punto redondo.

AGAPITA. Señora, ¿qué se contesta
al señor que espera?

MERC. Nada.

¿Vamos? (Á Miguel.)

MIGUEL. Vamos. (Vánse por el foro.)

AGAPITA. ¡Pues me agrada!

¡Pareja mas indigesta!

ESCENA XIV.

AGAPITA, SERAFIN, saliendo de su gabinete con la misma ropa
con que venia vestido en la primera escena, y con el saco de no-
che en la mano. Dice los primeros versos dirigiéndose al público
y como si se ensayara.

SERAFIN. Señora doña Mercedes,
usted me hizo un gran favor
con la historia consabida
que hace poco me contó;
y pues busca un desenlace
para la historia en cuestion,
sepa usted, señora mia,
que el desenlace soy yo.
Estas serán las palabras
que diré de viva voz
cuando al cruzar esa puerta
me despida...

AGAPITA. (No me vió: (Tose.)
yo haré que me vea.) ¡Ejem!

SERAFIN. ¿Quién tiene por aqui tos?

¿Qué, estás resfriada?

AGAPITO. Un poco.

SERAFIN. Toma una copa de rom
caliente, métete en cama
y suda.

AGAPITA. ¿Es usted doctor?

SERAFIN. Yo entiendo un poco de todo.
Conque... esa mano y adios.

AGAPITA. ¿Qué, se marcha usted?

SERAFIN. Me ausento.

AGAPITA. ¿Y por qué?

SERAFIN. Porque me voy,

y me voy porque no puedo quedarme si tengo honor.

AGAPITA. ¿Pero así tan de repente nos deja?

SERAFIN. De sopetón,
porque de golpe y porrazo
las cosas se hacen mejor.

AGAPITA. Yo creía...

SERAFIN. ¿Tú creías?

Pues también creía yo,
pero á veces los creyentes
creemos en un error.

AGAP. ¿Pero y adónde vá usted?

SERAFIN. Ahora

aun ignoro adónde voy:
cuando me encuentre en la calle
consultaré el corazón,
que es de todos mis amigos
el que aconseja mejor;
si me dice á Filipinas
á Filipinas me voy,
si me dice á Francia, á Francia,
y si al Mogol, al Mogol.

Yo bien sé que al separarme
te quedas sin proteccion,
pero ¿qué quieres? el hombre
propone y dispone Dios.
Ánimo pues, Agapita.
no llores, resignacion.

AGAP. Es que yo echaba mis cuentas.

SERAFIN. También las echaba yo,
mas no soy ingrato; toma
esto en conmemoracion
de las frases inocentes
cambiadas entre los dos.

AGAP. Es de oro...

SERAFIN. No, es de algo mas
que el oro, es de similar,

- es decir, mil veces oro.
- AGAP. Ya valdrá un napoleon esta sortija lo menos.
- SERAFIN. Ignoro lo que costó. Regalo de una mulata á quien hice yo un favor, no sé el valor de esta joya; pero, aunque valga un millon, toma, afligida doncella. Ahora un abrazo y adios.
- AGAP. Pero ¿y si nos ven?... Que rabien.
- SERAFIN. Vaya usted á decir que no cuando lo pide de un modo.
- SERAFIN. Si mudo de posicion no te echaré en el olvido.
- AGAP. ¿De veras?
- SERAFIN. Yo soy quien soy.
- AGAP. Gracias.
- SERAFIN. No hay para qué darlas.
- AGAP. Mire usted, siento un dolor (Abrazando á Serafin.) en el pecho y una angustia... Y yo.
- SERAFIN. Y yo.

ESCENA XV.

DICHOS, MIGUEL, MERCEDES.

- MIGUEL. (Saliendo.) Y nosotros dos.
- MERC. ¿Se marcha usted de esta casa?
- SERAFIN. Si señora.
- AGAP. Y el señor como es tan amable, quiso abrazarme.
- MIGUEL. Y te abrazó.
- SERAFIN. Y es muy justo.
- MERC. Yo lo creo;
- SERAFIN. Siempre que hay separacion entre dos personas intimas, el abrazo es de rigor.
- AGAP. No, pues usted y don Miguel

se abrazan sin ton ni son;
conque no hagan ustés fisga
porque me abrazó el señor,
porque él es soltero ¿estamos?
y yo soltera, y los dos
bien podemos abrazarnos
sin que sea una irrisión.
Don Serafin, buen viaje. (V áse.)

SERAFIN. Señora Agapita, adios.

ESCENA XVI.

DICHOS, menos AGAPITA.

SERAFIN. Perdónela usted, Mercedes.

MERC. Bien, ya no se la despidе.

SERAFIN. Y ahora otro perdon les pide...

MERC. ¿Quién?

SERAFIN. Un servidor de ustedes.

MERC. ¿Usted?

MIGUEL. ¿Tú?

SERAFIN. Con toda el alma,

ni enojado ni ofendido,

pido perdon si he podido

turbar su envidiable calma;

ese dulce bienestar,

esa existencia dichosa

que con sus hijos y esposa

disfruta el hombre en su hogar;

ese placer verdadero

á ningun bien comparado,

esa dicha del casado

que busca en vano el soltero.

Asi los dos de consuno

permitirán que se ausente

el amigo inconveniente,

el huesped inoportuno.

MIGUEL. ¡Serafin!

MERC. ¡Ah! Monterroso,

ahora no estamos de acuerdo,

no se irá sin un recuerdo

de la amistad de mi esposo.

SERAFIN. Un recuerdo siempre fiel
llevaré yo en mi memoria,
y este recuerdo es la historia
del amigo de Miguel.

MERC. ¿Rencoroso?

SERAFIN. No en verdad:
quién hay que á dudar se atreva
que esa historia fué la prueba
mas grande de su amistad.

MERC. Pues yo no consentiré
que así abandone el abrigo
de esta su casa, un amigo
tan amigo como usted.

MIGUEL. ¡Ea! sin rodeos, chico.

MERC. Dáselo y cuento contado.

MIGUEL. Toma, ya eres empleado.

(Entregándole una credencial.)

SERAFIN. ¿Empleado?

MIGUEL. En Puerto-Rico.

SERAFIN. Cuarenta mil—buen turrón.

MIGUEL. Tiene un tio en el poder:

no dirás que mi mujer

no aprovecha la ocasion.

SERAFIN. Pero...

MERC. Y como es necesario

dinero para el viaje,

está pagado el pasaje,

(Dándole una cartera.)

y este es el consignatario.

SERAFIN. Mas...

MIGUEL. Si algo te falta, espero

que con duda no te quedes.

SERAFIN. Me falta darle á Mercedes

un abrazo.

MERC. ¿Quieres?...

MIGUEL. ¡Quiero!

(Serafin abraza á Mercedes á tiempo que aparece por
el foro Agapita.)

ESCENA XVII.

DICHOS, AGAPITA.

AGAP. Señor, ahí está un criado.

(¡Qué veol!)

(Viendo á Serafin abrazado con Mercedes.)

MIGUEL. Voy á salir.

AGAP. (¡Uf! No se puede sufrir.

Vamos, me lo han contagiado.)

(Ap. á D. Miguel.)

Oiga usted, señor... y ahora,

¿qué es lo que me dice usted?

MIGUEL. ¿Qué te he de decir?...

AGAP. ¿Por qué

no riñe usted á la señora?

MIGUEL. Á la cocina... (Con imperio.)

MERC. ¿Qué ha sido?

MIGUEL. Esta, que tuvo valor...

AGAP. No se enfade usted, señor.

Me voy. (Me lo han pervertido.) (Váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

MERCEDES, MIGUEL, SERAFIN.

SERAFIN. ¿Pero cómo he de poder
pagar este extraordinario
favor?...

MIGUEL. Vuelve millonario,
con hijos y con mujer,
y en paz.

SERAFIN. Si hallo ante mi paso
una mujer cual la tuya
que en su corazon me incluya,
te lo prometo... me caso.

MERC. Yo creo que ha de encontrarla
y que será muy dichoso,
porque á la esposa... el esposo
es el que debe educarla.
Y si esto llega á alcanzar,

usté y su esposa adorada
tendrán la dicha hospedada
en el seno de su hogar.

SERAFIN. Á ese consejo me asocio;
y si hallo mujer que quiera
que la eduque á mi manera,
me caso y hago el negocio.
Pero no olvidar confío
viviendo con mi mitad,
que una cosa es la amistad
y es otra *Lo tuyo mio*.

FIN DE LA COMEDIA.

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo
inconveniente en que su representacion sea au-
torizada.*

Madrid 12 de Diciembre de 1861.

El censor de teatros.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

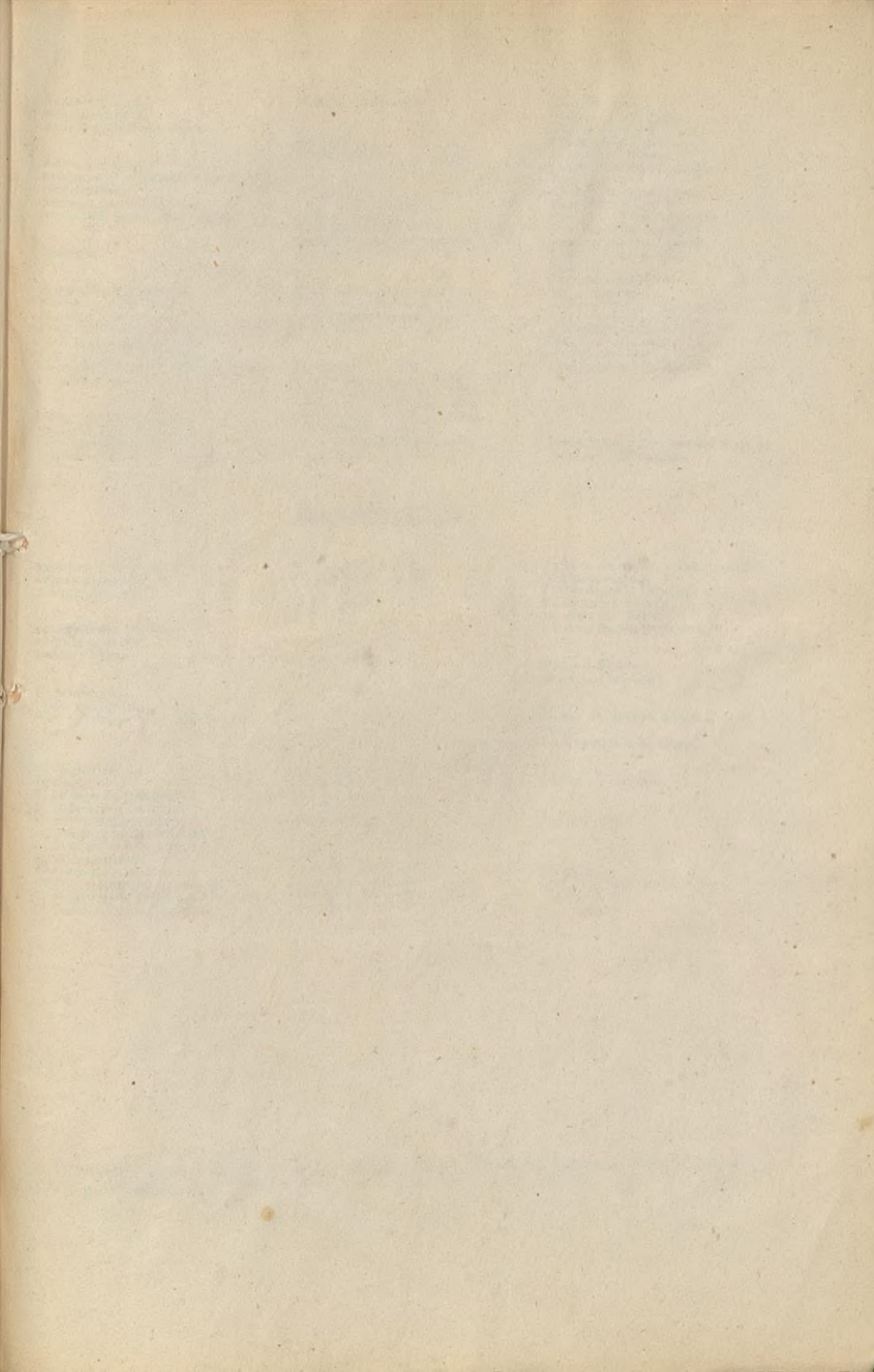
ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

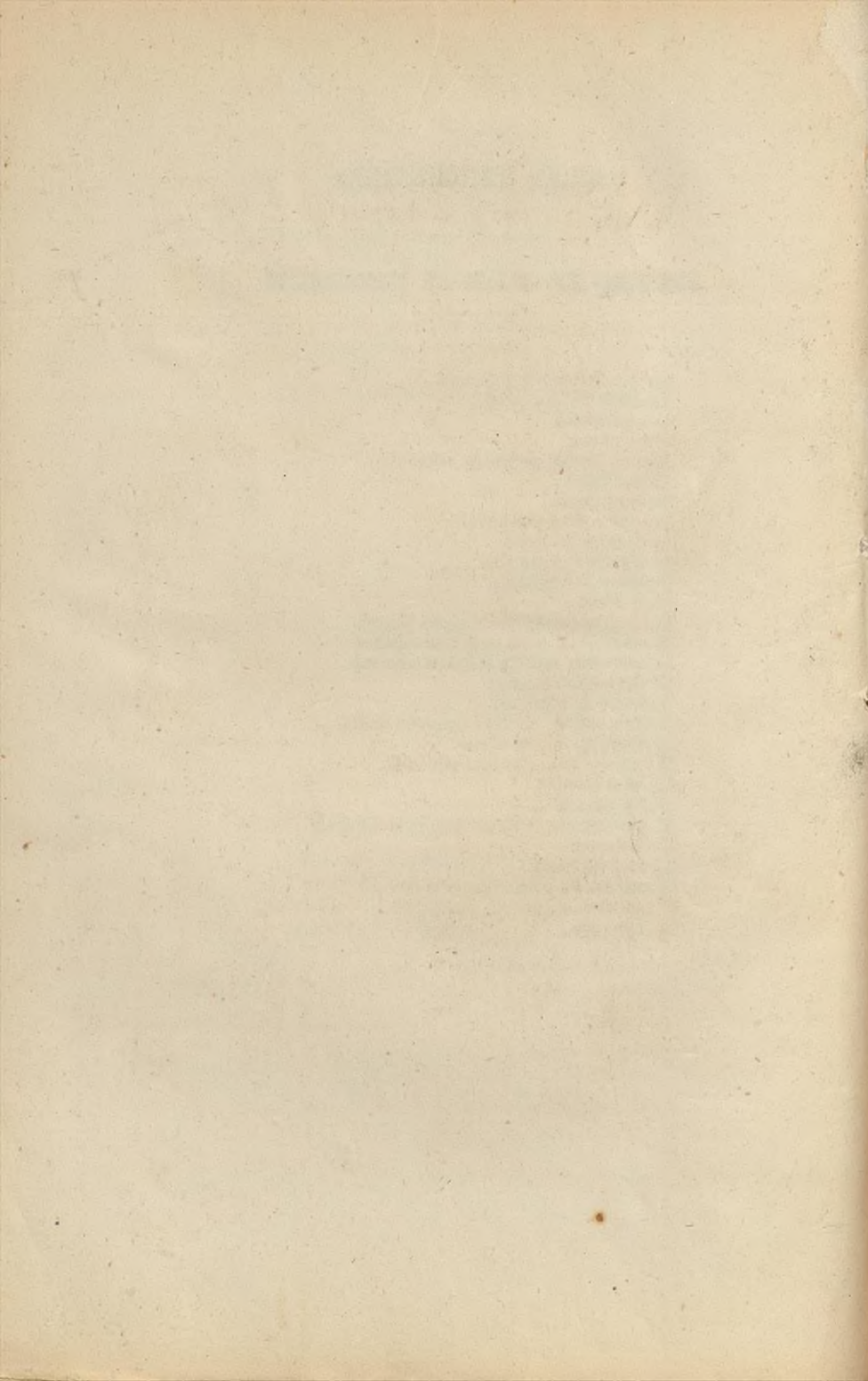
Sueños de amor y ambición.
La corte del rey poeta.
Los extremos.
Ver y no ver.
Juan el Tullido (segunda edición).
Calamidades.
El ángel malo.
¡Alumbra á tu víctima!...
La muerte de Jesús.
La hija de Fernán Gil.
Retratos y originales.
Juan Diente.
Las garras del diablo (juguete lírico).
El maestro de baile (segunda edición).
La mosquita muerta (tercera edición).
Géneros ultramarinos.
Herencia de lágrimas.
Cuarzo, pirla y alcohol (juguete lírico).
La dicha en el bien ajeno
El cura de aldea (tercera edición).
La mala semilla.
El rey de bastos.
El movimiento continuo (segunda edición).
Caricaturas.
Gil Blas (zarzuela).
Recuerdos de gloria (juguete lírico).
El que siembra recoge (zarzuela).
Lo tuyo mío.

OBRA DRAMÁTICAS

ENRIQUE PEREZ ESCRIBÁ

- Sueños de amor y ambición.
 La corte del rey poeta.
 Los extremos.
 Ver y no ver.
 Juan el Tullido (segunda edición).
 Calamidades.
 El angel malo.
 Alcanzar á la víctima!
 La muerte de Jesús.
 La hija de Fernán Gil.
 Retratos y originales.
 Juan Diente.
 Las garras del diablo (juguete lírico).
 El maestro de baile (segunda edición).
 La mosca muerta (tercera edición).
 Géneros ultramarinos.
 Horrores de lágrimas.
 Goxos, pirlis y alcohol (juguete lírico).
 La dicha en el bien ajeno.
 El cura de aldea (tercera edición).
 La mala semilla.
 El rey de pastos.
 El movimiento continuo (segunda edición).
 Cartas.
 Gil Blas (variedad).
 Recuerdos de gloria (juguete lírico).
 El que siempre recoge (variedad).
 Lo muy mio.





Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.

Megro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á río revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Fecados veniales.

¡Que convidó al Coronel!...
¡Que mucho abarca!
¡Que suerte la mía!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salva el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambición.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabaja por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un domine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una lección reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocación.
Un retrato á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarra, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas leo.

Clavevina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cébro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El león en la ratonera.
El último mono.
Envidos de carnaval.
El delirio drama lírico.
El Postillon de la Rioja (*Música*)
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Juan Lanas. (*Música*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La luja de la Providencia.
La loca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música*)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Perez.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Marti.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Almenara.	Idem.....	Cañavate.
Alicante.....	Ibarra.	Mataró.....	Abadal.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered. de Andrión.
Avila.....	Palomares.	Orense.....	Robles.
Badajoz.....	Rino.	Orihuela.....	Berruezo.
Barcelona.....	Hered. ^a de Mayol.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	Cerdá.	Oviedo.....	Mántaras.
Bejar.....	Coron.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Barrena.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cádiz.....	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real....	Arellano.	San Fernando...	Meneses.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Santa Cruz de Te-	
Coruña.....	Garcia Alvarez.	nerife.....	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	Garcia.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlín y Fernz.	Tarragona.....	Pujol.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	Mestre.	Valencia.....	Moles.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Galindo.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	C. Treviño.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.